

PUEBLO DE ENDEMONIADOS

CURTIS GARLAND

—Este pueblo, señor Fisher, fue ya morada de Satán, una vez.

Me volví. Era Hertha Lehman quien había hablado, con tono singularmente profundo y preocupado. La miré. Era una mujer sobria, inteligente y, tal vez, bastante culta. En su casa había libros, un piano. Sacudí la cabeza.

—¿Eso lo dice alguna leyenda? —Sonreí.

—Eso lo dice la historia misma de Scholberg —me rectificó ella con frialdad—. Allá en el año 1790, cuando pertenecía al Imperio Austríaco, el diablo eligió Scholberg para morar. Y aquí se llevaron a cabo espeluznantes orgías, sangrientos aquelarres y *misas negras* de terrible significado. Sólo que, entonces, el diablo adoptó un nombre para morar entre los humanos. Un nombre de ser viviente y mortal: el barón Jonathan von Jorg.

* * *

El aquelarre dantesco continuaba. Hombres, mujeres y niños, no eran sino espectros auténticos, macilentos, demacrados, ojerosos, con pupilas dilatadas, bailoteando en la nieve, ateridos de frío, amoratados sus labios…

Algo espantoso estaba sucediendo entonces, uniéndose al alucinante caos total.

¡Cadáveres a medio descomponer, cuerpos purulentos y hediondos, bailoteando entre la gente! ¡Esqueletos vivientes, cubiertos por jirones de carne podrida, grisácea, y por cabellos desmesuradamente crecidos, se movían en macabra danza por la calle principal!



Curtis Garland

Pueblo de endemoniados

Bolsilibros: Selección Terror - 78

ePub r1.0
Titivillus 20.03.15

Título original: *Pueblo de endemoniados*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El funcionario del Turismo suizo, había sido muy amable.

Por un convenio especial, el Gobierno helvético se ha ocupado siempre de la promoción turística del Principado vecino, que, pese a hablar oficialmente el alemán, utiliza como moneda el franco suizo, y actúa mancomunadamente con las Comunicaciones suizas, para sus servicios de Correos, Telégrafos y Teléfonos.

De modo que a las oficinas suizas especializadas, me dirigí en busca de material y de informes para mi proyectado viaje a Liechtenstein.

En Pelikan Strasse, cerca del edificio destinado a las oficinas de la compañía aérea TWA, cerca del Jardín Botánico, encontré el lugar adecuado. Allí me facilitaron la reserva de habitación en el mejor hotel de Vaduz, la capital, así como también en Triesen, y en Scholberg, atraído quizá por su envidiable situación al pie de los grandes picos Naafkops, que le convertían en un pueblo montañoso realmente sugestivo.[1]

Los hoteles reservados, en una época de considerable afluencia turística —cosa rara, en Scholberg no parecía haber gran número de turistas, por lo que hizo notar el empleado, al mirarme, sorprendido por mi elección, y no mostrando excesivo entusiasmo por mi gusto al escoger lugares—, eran ya una garantía para que tomase el volante de mi automóvil, un modelo Aston Martin del año anterior, y me encaminara hacia el Principado.

Primero, lógicamente, tuve que cubrir los trámites oportunos, mostrando mi pasaporte, y dando al empleado del Turismo suizo los datos pertinentes:

—¿Nombre?

—Allan Fisher.

—¿Nacionalidad?

—Inglesa.

—¿Edad?
—Treinta años.
—¿Soltero?
—Sí.
—¿Profesión?
—Redactor de radio y televisión. Profesional de la BBC.

Me miró con cierto respeto. La radio y la televisión, siempre producen ese efecto en la gente, no sé por qué. Después de todo, es un trabajo como otro cualquiera.

Y a veces, bastante aburrido.

Rellenó el formulario, me entregó los folletos, el mapa y la guía turística de Liechtenstein, junto con las reservas de habitaciones en los tres hoteles señalados. Me guardé todo eso en mi cartera de mano, y pagué en Caja, en buenos francos suizos, dándoles las gracias por todo, y disponiéndome a abandonar el hotel Gotthard, en Urania Strasse, cerca de la Estación Principal de los Ferrocarriles Suizos, de Hauptbahnhof.

Poco después, me lanzaba por la carretera que bordeaba el lago Zürich, hacia Uznach, en las cercanías del otro lago vecino, el Wallenstadt, que era ya como la antesala de la frontera con el Principado.

Mi Aston Martin no era precisamente un modelo a semejanza del utilizado por James Bond en sus peripecias al servicio de Su Majestad, pero sí era un buen coche, fuerte, resistente y de no feo aspecto en su modelo. Para una larga gira de turismo por Europa, entre regiones llanas y montañosas, resultaba ideal. Y ése era justamente mi caso.

Cuando enfilé la carretera helvética, hacia el Este, no podía imaginar lo que me esperaba. Ni cuál iba a ser mi destino. De haberlo sabido, hubiera dado media vuelta a mi coche, regresando despavorido a Zürich.

Pero pensándolo bien, creo que si alguien me hubiese jurado entonces sobre la propia Biblia lo que iba a suceder, me hubiera reído de él, burlándome de sus absurdas premoniciones. Y habría seguido adelante.

Además, hay quien dice que cada hombre tiene escrito su destino, y no puede escapar a él, haga lo que haga.

Tal vez tenga razón el que lo dijo. No dejaría de ser un consuelo,

para no considerarme un estúpido, responsable de todo lo que luego iba a venir.

* * *

Me tropecé con bastantes autostopistas, y no paré ante ninguno de ellos. Pero tengo mis debilidades, y no me importa confesarlas. Una muchacha joven y atractiva puede llegar a enternecerme. Y padezco una especial debilidad hacia las piernas bonitas…, sobre todo si se exhiben con minifalda.

De modo que paré ante la pelirroja de la ruta helvética, sin avergonzarme lo más mínimo por mi malicia al hacerlo. Ella me miró, entre agradecida y recelosa.

—¿Va usted hacia la frontera de Liechtenstein, señor? —me preguntó—. O a algún lugar cercano, quiero decir…

Tenía un alemán suave, y eso ya era algo. Asentí, abriendo la portezuela.

—Más que eso —dije, sonriendo—. Voy al propio Liechtenstein.

—¿De veras? ¡Es magnífico! ¿No le importaría llevarme hasta Vaduz?

—En absoluto. Lo haré muy gustoso…, si tiene pasaporte, claro. En caso contrario, me temo que las propias autoridades fronterizas no le autoricen la entrada en el Principado, señorita —respondí en mi aceptable alemán.

—Es muy amable, señor —suspiró ella—. Al ver su matrícula inglesa, lo imaginé así. Es inglés, ¿verdad?

—Pues sí —asentí, mientras ella se acomodada a mi lado. Su breve falda, al hacerlo, aún se elevó bastantes pulgadas más sobre aquellas formas bien torneadas, junto a mí. No iba a ser una compañía tranquilizadora, pero sí muy grata, me dije a mí mismo, con cínico razonamiento—. ¿Y usted? ¿Suiza?

—Austríaca —me explicó—. Nacida en Viena, señor.

—Mi nombre es Fisher —me apresuré a referir—. Allan Fisher, de Londres.

—El mío, Monika Werner. Estudio. Quiero visitar Liechtenstein. E Innsbruck y el Tirol. Este modo de viajar es atractivo y emocionante. A veces, también arriesgado.

—¿Arriesgado? —indagué, poniendo en marcha el Aston Martin.

—Usted ya me entiende. No todos los conductores son caballeros… Especialmente, cuando una muchacha no está del todo mal, y viste a la moda…

—Entiendo —sonreí. No pude evitar una ojeada a sus muslos, bronceados por el sol de las regiones montañosas, y de las nieves de alta montaña—. A veces, hasta los caballeros se sienten débiles. Pero en resistir las debilidades está la mejor prueba de la caballerosidad. Si no hay una emoción que controlar, la caballerosidad no tiene mérito.

—Todo un razonamiento brillante —me miró, entre divertida y satisfecha—. ¿Es escritor?

—En cierto modo —suspiré—. Trabajo para Programación, en radio y televisión.

—Oh, eso debe de resultar fascinante… —le brillaron los ojos que, al abrirlos, me mostraron su color verde pardusco, a la luz espléndida de la soleada mañana helvética.

—Fascinantemente aburrido —rechacé—. Sólo se divierten los espectadores. Y a veces, ni aun ellos.

—Es usted un cínico, señor Fisher.

—Ya lo sé —admití, riendo.

Recorrimos un trecho de carretera sin cambiar palabra, contemplando el bello paisaje suizo. Los lagos, con sus aguas brillando al sol, cuajadas de reverberos, eran como un espectáculo luminoso y colorístico incomparable.

Ella parecía fascinada por el paisaje. Yo, por seguir la ruta. Cualquier ojeada al cuentamillas o al indicador de aceite y combustible, llevaba aparejado vislumbrar sus piernas turbadoras. Y la verdad es que pocas veces había mirado con tanta frecuencia a los indicadores de mi *tablier*, lo confieso. La muchacha austríaca lo merecía de veras.

Pasamos ante Rapperswil, sin detenernos, entre bellas edificaciones, gente ocupada en tareas casi todas campestres, turistas y automovilistas detenidos en los pintorescos paradores helvéticos.

Todo ello quedó atrás. La recta carretera, llana y sin obstáculos, era ante nosotros como una invitación maravillosa para correr y correr. Apreté el acelerador. El Aston Martin no era un coche

particularmente veloz, en mi caso. Pero su propia potencia y regularidad le hacían, a la larga, devorador auténtico de millas.

—¿Ha estado otras veces en estas tierras? —me preguntó por fin Monika Werner, girando hacia mí sus traviesos ojos verdes, fulgurantes de entusiasmo por la carrera.

—No, nunca. He recorrido Austria, Alemania, los Países Bajos… Y también Italia, Francia, España… Me encanta el turismo. Recorrer países, ver mundo, conocer lugares diferentes…

—¿Por eso va ahora a Liechtenstein?

—Sí, por eso. Es siempre un aliciente más. Otro lugar desconocido para mí.

—Y muy pequeño —sonrió Monika.

—Mucho —la miré un instante, de soslayo. Esta vez, a los ojos, al rostro. Sin dejarme tentar por otras atracciones físicas suyas—. ¿Usted sí ha estado antes allí?

—No. Ya le dije que quería conocerlo.

—Usted dijo que quería visitarlo, recuerde. No es lo mismo —rectifiqué suavemente.

—Tiene usted buena memoria para las palabras…, incluso en otro idioma que no sea el suyo —observó ella, pensativa.

—Conozco aceptablemente el alemán. Eso me hace matizar. Y además, tengo retentiva, eso es todo. Especialmente, cuando quien habla merece la pena de ser escuchado.

—Muy amable —agradeció con una inclinación de cabeza—. ¿Usted se va a quedar en Vaduz?

—No —negué, sonriendo—. Voy también a Triesen.

—Una bella población. Pequeña y encantadora, según dicen los que la conocen.

—Y también Scholberg, al pie de los Naafkops…

—¡Scholberg!

Lo dijo de un modo que me obligó a mirarla. Capté algo raro en sus ojos. En su gesto. Un brillo repentino en sus pupilas, una crispación en su rostro.

—Eso dije —asentí—. ¿Ocurre algo?

—No, no, nada… —rechazó, agitando su cabeza, cuyos rojos cabellos agitaba el aire producido por la marcha del automóvil.

—Me pareció que le sobresaltaba ese nombre…

Ella se mordió el labio inferior, rojo y carnoso. Se cruzó de

piernas para estar más cómoda en el asiento, echando éste hacia atrás, y la falda remontó todavía más arriba. El resultado era inquietante. Y no podía ascender ni una sola pulgada más.

—Bueno, no es nada —comentó, tratando de aparecer superficial —. Una tontería, sin duda…

—¿Una tontería? —insistí—. ¿A qué se refiere?

—Es… es algo que me dijeron en Viena, antes de salir para este viaje. Era alguien que conocía todos los lugares que yo quiero recorrer. Y, naturalmente, también Liechtenstein…

—¿Qué le dijeron?

—Que recorriese todo el Principado a mi gusto. Pero que *jamás*, bajo pretexto alguno, visitara un pueblecillo montañero llamado Scholberg…

—¿No? —Enarqué las cejas, entre divertido y curioso. Incluso reduje la marcha del Aston Martin—. ¿Por qué, señorita Werner?

A ella parecía costarle trabajo responder a eso. Finalmente contestó:

—Oh, ya le digo que es ridículo, pero me dijeron…, me dijeron que no visitase Scholberg, porque… porque una vez, allí…, *vivió Satán en persona*. Y el pueblo está maldito, desde entonces.

* * *

Perdí de vista a Monika Werner en Vaduz, la pequeña capital del pequeño Principado, más allá de la frontera donde ondeaba la bandera de franjas horizontales azul y roja, con la corona principesca sobre la primera de ellas.

Allí rendía viaje, y allí se quedó, frente a un albergue para muchachos jóvenes, en su mayoría estudiantes, *hippies* de aspecto más bien pulcro y limpio, aunque con su desenfadada, anárquica y simpática forma de vestir y de llevar el cabello, y autostopistas de diversas nacionalidades. Yo me alojé en el hotel Principado para iniciar mi recorrido turístico por el diminuto país.

Dediqué el día a recorrer la ciudad, pintoresca, como todo lo que correspondía a aquella región europea, pero quizá con pocos alicientes para un turista, en comparación con los que pudiera ofrecer el paisaje agreste y montañoso del resto del país. Vaduz, en

el llano, y rodeada de industrias, era, a fin de cuentas, la capital del diminuto Principado, y allí se asentaba toda la reducida burocracia local, dependiente en casi su totalidad de la administración suiza.

Pese a todo, conservaba Vaduz recuerdos históricos de otros tiempos, desde que Carlos VI de Austria autorizase el Principado de Liechtenstein, con los territorios de Schellenberg y Vaduz, hasta que fuera integrado en el Imperio Austríaco y posteriormente a la Confederación del Rhin, ya en 1805.

En 1866 logró la plena independencia, y siguió su estrecha unión con Austria, hasta la caída del Imperio, en 1918. Hasta que en 1919, delegó en la Confederación Helvética la representación de sus relaciones internacionales. Que en 1924 fue ya unión aduanera y postal, así como de tipo monetario.

Todo eso, que relataba el folleto turístico a grandes rasgos, había dejado su impronta en edificios, monumentos y recuerdos de valor histórico, que hacían del Principado de los Alpes Réticos, un lugar fascinante para el forastero. Aun así, permanecí pocas fechas en Vaduz.

Y pasé a las regiones realmente alpinas, con su fantástico juego de blancos y azules, de verdes y grises, que convertían el paisaje en un auténtico ensueño agreste y hermoso, de impresionante majestuosidad.

Triesen me mostró también sus reducidos, pero bellos atractivos de cara al turismo, y ya decididamente, tomé mi automóvil, avanzando a través de serpenteantes senderos en torno a los picachos alpinos, en dirección al tercer y último punto de mi viaje por el Principado:

Scholberg.

La ciudad maldita, según mi joven compañera de viaje, Monika Werner, la vienesa. El lugar donde, según la leyenda y los comadreos supersticiosos, viviera Satán en el pasado. Y en persona, por más señas.

La idea era divertida. Yo nunca había creído en esas personificaciones del diablo, ingenuas e infantiles, que han utilizado tantos autores, como por ejemplo Goethe en su *Fausto*. Mi concepto del diablo era muy otro, y mucho menos concreto y tangible.

Debo confesar, sin embargo, que Scholberg empezaba a resultarme fascinante, aún antes de verlo, oculto entre los altos

peñascos de los Naafkops, con su mole ingente de dos mil quinientos sesenta metros de altitud, recortando contra un cielo particularmente nuboso, gris y ceñudo, sus picachos blanqueados por nieves eternas.

El Aston Martin resoplaba con su potencia de motor habitual, remontando las cuestas empinadas, la angosta carretera alpina, que, de súbito, en una bifurcación, mostraba un desvío no señalizado en las cartas y mapas de automovilismo, anunciando en alemán, inglés y francés:

DESVÍO PROVISIONAL
OBRAS DE LA NUEVA CARRETERA ALPINA
SCHOLBERG, A TRES MILLAS

Tres millas de carretera infernal, entre farallones rocosos, salpicados de oscura vegetación, entre abetos negros como la noche, y verticales abismos de muro cortado a pico, tan liso como una pared de vidrio.

Empezaba a hacer frío en la altitud. E iban apareciendo huellas de hielo y nieve, en densas pellas salpicando acá y allá el abrupto y salvaje paisaje. Fuera del desigual, duro y dificultoso sendero, una carretera por la que difícilmente podían encajar dos vehículos en opuestas direcciones, todo era espesura, verdor oscuro, hierba y ramajes ricos en hojarasca, arboledas y frondas. La exuberancia alpina se mostraba en toda su generosidad exultante, y más en aquellas altitudes, siempre barridas por el deshielo, en los cambios climatológicos, para humedecer la tierra generosa.

Levanté los ojos al cielo, preocupado. No me gustaba el aspecto de la tarde. Se estaba cerrando en una serie de espesos nubarrones, de un gris plomizo, sucio y torvo. Contra el fondo borrascoso, las cimas dibujaban extrañas formas caprichosas, que la imaginación de cada uno podía interpretar a su gusto.

Me estremecí. Mi imaginación, sin duda, me estaba jugando una mala pasada en esos momentos, influida inconscientemente por algo que dijera una muchacha errabunda: el perfil rocoso de una de las cimas montañosas, recortándose en el oscuro celaje nublado, me había parecido de repente el perfil maligno y demoníaco del propio Satán…

Un momento después, al doblar con mi coche un recodo de la difícil senda asomada a abismos de casi mil metros de profundidad, la ilusión se había desvanecido, y con esas nubes que tan pronto parecen un centauro como un payaso, la forma montañosa no se asemejaba en absoluto al señor de los infiernos.

Me encogí de hombros, con una sonrisa. Yo nunca había sido impresionable. Debía de ser cosa de la altura y de aquel molesto y peligroso viaje hacia Scholberg. Eso era, sin duda alguna.

Traté de olvidar lo que ni siquiera podía calificarse de incidente. Y seguí adelante, dispuesto cuanto antes a terminar aquella travesía erizada de peligros, que era el viaje al pueblo alpino.

Cosa de veinte minutos después, detenía mi automóvil en la única calle que constituía el lugar llamado Scholberg.

Y debo confesar que toda idea preconcebida que pudiera tener sobre el lugar, se evaporó de mi mente como por ensalmo. Si algún punto ofrecía en el mundo un aspecto apacible, pintoresco, amable y tranquilo, ése era justamente Scholberg, con su iglesia de larga y aguda torre, rematada en una aguja tan pronunciada como todos los tejados de las edificaciones alpinas, que con gran profusión de muros rojos, ventanas y puertas enmascaradas en piedra, madera o ladrillo más claro, tejas de pizarra, y maderaje entrecruzado, que contribuía tanto a la estabilidad del edificio, como a la belleza decorativa de sus fachadas, con el entramado en torno a ventanas y salientes.

La calle principal y casi única, con su doble hilera de árboles frondosos, dando sombra a las aceras empinadas que subían la cuesta de la ladera alpina, aparecía flanqueada de otras salidas adyacentes que no llegaban a ser calles, sino cortos pasajes que iban a morir en el boscaje profundo y oscuro que envolvía aquel punto edificado, en la propia ladera, entre cumbres del macizo montañoso.

Como fondo de todo ello, tras la estilizada y esbelta silueta granate de la pequeña iglesia católica —católica es, generalmente, toda la población de Liechtenstein—, los macizos grupos montañosos de Naafkops, aquellos altos picachos alpinos, soberbios e impresionantes, en contraste con la pequeñez humilde y quieta del pueblo de Scholberg.

Carteles varios, casi todos con caracteres góticos y en salientes

de los edificios, anunciaban la presencia del único hotel local, de dos fondas, de unos grandes almacenes, de un supermercado, de una librería, del edificio destinado conjuntamente a servicio postal, telegráfico y telefónico, un cinematógrafo y sala de espectáculos, y así cada cosa imprescindible para la vida de una pequeña comunidad como aquélla.

Me gustó Scholberg, en aquellos momentos. Más que una representación humana de Satanás, daba la impresión perfecta de haber morado allí algún ángel desorientado, que buscaba los caminos del cielo, tan próximos al hombre en semejantes altitudes.

Pero eso fue solamente la impresión de aquel día.

Y de los momentos siguientes, con mi contacto con el ritmo apacible de la vida pueblerina en aquel rincón de los Alpes Réticos.

Más tarde me preguntaría, angustiado e incrédulo, cómo podían llegar a cambiar tanto las cosas, en tan poco tiempo.

Estaba empezando a nevar, con copos de nieve pequeños y fríos, cuando bajé del automóvil, ante la puerta del hotel, y a la vez oficina de Turismo, según rezaba en la entrada.

Yo no sabía que eso era sólo el principio. Que la nieve, inofensiva y suave, estaba empezando a marcar mi destino.

Y también el de Scholberg.

CAPÍTULO II

Aquel lugar estaba junto al hotel. No sé por qué tuve que fijarme en él. Acaso fue instintivo. Acaso una premonición.

Lo cierto es que, apenas bajé del automóvil y crucé la acera, para alcanzar los tres escalones de piedra que conducían a la entrada del hotel local, fijé mi mirada en el distintivo del establecimiento y en su curioso nombre.

Liechtenstein siempre ha sido un país eminentemente católico, y eso lo indicaba claramente en los folletos turísticos, pero me sorprendió que llevasen tan rigurosamente su religión primordial, al menos en Scholberg.

El establecimiento, vecino justamente al hotel, exhibía por muestra, sobre la calle, una cruz de metal oscuro, posiblemente de hierro forjado, una gran cruz de agudas extremidades, sostenida por dos argollas. Sobre la cruz, el rótulo del negocio:

BRUNNMAIER
Velas y Artículos de Cera
Objetos Religiosos e Imágenes
Muñecas de Cera

—Muñecas de cera… —sacudí la cabeza, con perplejidad—. ¿Para qué servirán? Como adorno, me parecen bastante poco sugestivas…

Por la acera descendía un hombre, en esos momentos, muy abrigado y con las manos en los bolsillos. Me impresionó su estatura y corpulencia. Era rubicundo y saludable. Su modo de andar, con paso largo y enérgico, tenía algo de rudo, como si fuese un campesino.

Más allá, vi en la puerta de la pintoresca y bella iglesia alpina, a un hombre de negra americana y negro pantalón, con camisa gris,

contemplando al hombretón. Me dio la impresión de que acababa de despedirlo, y el hombre venía justamente de la iglesia local.

Mentalmente, me reproché a mí mismo mi curiosidad desmedida hacia los demás, y me dispuse a entrar en el hotel, olvidándome de todas esas cosas que no me afectaban en absoluto.

Y entonces sucedió.

Nunca sabré por qué tuve que mirar, una vez más a la tienda de artículos de cera y de objetos de culto. Pero lo cierto es que lo hice.

Y lo vi.

Vi caer la cruz de hierro forjado, súbitamente. Su largo brazo vertical inferior, puntiagudo y contundente, descendió en completa perpendicular sobre el peatón. Chirriando las argollas, al desprender la pieza pesada, tan terrible como una auténtica espada de Damocles, a la que alguien hubiera cortado el fino hilo que la retenía en vilo.

—¡Cuidado! —grité, en alemán—. *Achtung! Der Kreuz!*[2]

Resultó providencial. El hombre me miró una décima de segundo, con sorpresa. Le bastó otro fragmento de ese mismo período de tiempo, para echarse atrás, levantando los ojos dilatados hacia la muestra colgante de la tienda de productos de cera.

La cruz, como una daga, silbó en el aire, completamente en vertical, yendo a hincarse justo entre sus pies, en la intersección de dos adoquines de la acera, donde se quedó clavada, vibrante, como una vieja tizona o un mandoble medieval.

El horror paralizó al que, sólo por una o dos pulgadas, no estaba ahora atravesado por aquel punzante hierro, caído de la altura. Sus ojos no se desviaban, atónitos, de la pieza de hierro capaz de atravesarle de parte a parte.

Varios transeúntes giraron la cabeza, contemplando el suceso. Y, cosa rara, todos apresuraron el paso, alejándose, en vez de acudir en ayuda del hombre que tan cerca tuvo la muerte. Como si algo les obligara a huir de las vecindades del lugar del suceso.

Solamente el hombre de negro y gris, el que viera a la puerta de la iglesia alpina, corría calle abajo, con larga zancada, en ayuda del que estuvo a punto de perecer, a no ser, sin duda, por mi grito espontáneo y providencial.

Yo mismo, en vez de entrar en el hotel, caminé hacia allá, dispuesto a hacer algo, aunque no sabía el qué, en favor del

desconocido de mejillas rojas y saludables. Cuando estuve cerca, oí su voz débil, ronca, impresionado todavía por lo ocurrido:

—*Danke, danke… Ich Verstehe nicht… Ich Weiss nicht… Danke…*[3]

—*Ich bitte Sie*[4] —respondí en su lengua. Luego, contemplé también la cruz que aún temblaba en tierra, elevé los ojos al saliente de hierro, donde pendulaban solamente las dos argollas oxidadas, movidas por el mismo aire frío que arrastraba contra nosotros los copos de nieve.

A la puerta, salió un hombre tan pálido como la cera que manipularía habitualmente para moldear aquellas velas, velones y figurillas expuestas en su escaparate, entre candelabros, custodias, imágenes y objetos de culto religioso.

—Oh, cuánto lo siento, señor alcalde… —manifestó con voz vacilante, acercándose al accidentado, con grandes ademanes de disculpa—. No logro entender cómo sucedió algo así…

—Yo tampoco, *herr* Brunnmaier —replicó con cierta sequedad el aludido—. No comprendo cómo pudo cometer una imprudencia semejante, no haciendo revisar con frecuencia su rótulo del negocio. Eso es un peligro latente para todo ciudadano; no se trata solamente de que sea yo quien haya corrido hoy el riesgo.

—Lo cierto es que eso fue revisado y ajustado esta mañana, señor alcalde —argumentó apuradamente Brunnmaier—. No puedo explicarme cómo sucedió…

—Menos me lo explico yo. Le aconsejo, de momento, que retire esa cruz de ahí. Y conste que no es una orden municipal…, todavía.

—Sí, sí, por supuesto —contempló Brunnmaier la pieza clavada en el suelo, con perplejidad—. Cielos, y cayó tan vertical… Como una espada, señor alcalde…

—Exacto. Una espada antigua, que pretendiera decapitarme —reconoció el alcalde de Scholberg fríamente.

Y me pareció que una cierta aprensión extraña asomaba a sus ojos, fijos en el objeto cristiano, convertido, de repente, en inquietante arma mortífera.

—¡Ludwig! ¡Ludwig, amigo mío! ¿Se encuentra usted bien?

Era el hombre de negro y gris el que hacia la pregunta agitadamente, con respiración entrecortada por su carrera. El alcalde se volvió, afable, hacia él.

—Por fortuna, padre Geissen —sonrió, algo forzado—. Es

evidente que el Señor estuvo de mi lado, para que esa cruz no me atravesara en vertical.

—Cielos… —se persignó el sacerdote católico, contemplando la formidable pieza de hierro—. Siempre dije que era un rótulo demasiado pesado y puntiagudo…, pero nunca ocurrió nada parecido con él, ni siquiera en días de ventisca.

El alcalde, con el ceño fruncido, miró, pensativo, al cura. Su pregunta tuvo algo de inquieta, de preocupada:

—¿Cree usted… cree usted que esto puede tener alguna relación con… con lo que hemos hablado usted y yo en la sacristía, hace solamente…?

—Por Dios, alcalde —suspiró el religioso—. Aparte de su mente semejante idea. Ya le dije que no puedo admitir ciertas cosas.

—¿Ni aun existiendo evidencias extrañas?

—Ese accidente no es ninguna evidencia, Ludwig —le respondió severamente, señalando la cruz—. Y menos aún, con el símbolo mismo de la Pasión del Señor…

—Pues, de no ser por ese caballero desconocido, yo estaría bien muerto ahora, padre Geissen —avisó secamente el alcalde—. Y la investigación no podría iniciarla, como tengo planeado…

El tal Brunnmaier y yo escuchábamos, en silencio, la charla de ambos. Un fuerte hedor a sebo de vela brotaba de la tienda, como es habitual en tales establecimientos. No sé por qué, siempre he relacionado ese aroma con el de una capilla ardiente, un funeral, un cadáver… Creo que la muerte y la cera quemada tienen mucho en común, aunque ignore el qué.

—Por favor, Ludwig, será mejor que, si piensa seguir adelante, no hable de ello delante de nadie —el padre Geissen me miró con aire escudriñador, que se hizo receloso, al desviar los ojos hasta el comerciante.

—¿Qué le pasa, padre? —Casi se burló el alcalde, pese a su gesto sombrío—. Creí que no admitía la existencia de ciertas cosas…

—Hay muchas supersticiones, que no puedo admitir, Ludwig —le respondió con serena arrogancia el cura—. Pero sí hay algo en lo que, por obligación y convicción, me veo forzado a creer: en la existencia del diablo…

Y no sé por qué, volvió a fijar sus ojos en la cruz, y finalmente en mí. También el alcalde me contemplaba ahora, con gesto más

risueño. Me tendió la mano.

—Disculpe que no le agradeciese antes su favor, como merece —habló, mientras estrechaba mi diestra con calor—. Estaba impresionado, sorprendido… Pero, de no ser por usted, hubiera muerto con toda seguridad.

—Es posible —admití—. La punta de esa cruz parecía señalar a su nuca, cuando cayó.

—Sí, ¿verdad? —Noté en él un leve estremecimiento. Pero se rehízo, continuando animadamente—: ¿Es usted forastero?

—Acabo de llegar al pueblo, en efecto —asentí.

—¿Alemán o austríaco?

—Inglés —reí.

—Oh, cielos, habla perfectamente nuestra lengua. Le felicito, señor.

—Mi nombre es Fisher. Allan Fisher. Vengo de Londres.

—Nunca se podrá decir, con mayor razón, que ha sido un placer conocerle, *herr* Fisher. Bienvenido a Liechtenstein en general, y a Scholberg en particular. Su intervención ha sido sencillamente como una divina decisión superior.

—No sé. Vi casualmente lo que sucedía. Y actué. Creo que eso ha sido todo.

—Ha sido suficiente para mí —me señaló al sacerdote—. Él es el padre Hans Geissen, párroco de Scholberg, y mi mejor amigo. Si se aloja usted en el hotel, ¿por qué no me hace el gran honor de cenar esta noche en mi casa? Quisiera que mi familia le conociese, y pudiera agradecerle directamente lo que hoy hizo por mí.

—Por Dios, no merece la pena —rechacé, riendo—. Todo fue puramente casual, ya se lo dije. No me debe favor alguno, señor, puede creerme.

—Soy Ludwig Lehman, alcalde de esta población. ¿Qué tal si le digo que mi invitación a cenar con nosotros, y también con la asistencia del padre Geissen, es casi, casi… una orden municipal?

—Como turista, tendría que admitir que no es prudente oponerse a la autoridad local. Y como ciudadano inglés, le diré que acepto encantado su ofrecimiento, aunque siga pareciéndome excesiva la importancia que le dan a todo esto, *herr* Lehman.

—No lo crea, señor Fisher —habló apaciblemente el cura, utilizando para mi sorpresa un perfecto inglés de pronunciación

académica—. Tiene muchos motivos para creer que esta intervención providencial suya, tiene mucho de milagrosa… Y creo que yo también. No falte a esa cena. Yo también estaré allí, y hablaremos de algunas cosas.

Me sorprendió que utilizara mi lengua. Era obvio que el alcalde no la entendía, por la expresión que vi en sus ojos. Pero tampoco Brunnmaier, cuya cara, entre perpleja y molesta, pude observar de soslayo, cuando hablaba el padre Geissen.

¿Lo hacía para que el comerciante no supiera de qué estaba hablando? Esa impresión pasó fugazmente por mi cerebro, pero con mucha fuerza.

Luego, instintivamente, mis ojos se fijaron en el escaparate.

Entre velones y velas de todo tipo, incluidas las navideñas, de adorno y decoración, en todas las formas y colores, descubrí las *muñecas* que anunciaba en el rótulo.

Me resultaron repulsivas. Casi odiosas.

No eran feas ni desagradables. Pero quizá en su misma cérea perfección, como diminutos maniquíes humanos, modelados perfectamente, con figura de mujer reducida, con ojos de cristal que eran de diverso color, con cabello de nylon que era también rojo, rubio o negro, y con las ropas fingidas en cera policromada, me parecieron tan inadecuadas como faltas de sentido.

Nadie pone muñecas de cera en su casa como objeto decorativo. Quizá Scholberg tenía sus propias costumbres al respecto. Pero aun así, seguía pareciéndome de mal gusto. Era como tener criaturas humanas reducidas e inmovilizadas.

No sé por qué tuve esa impresión. Pero permaneció desagradablemente en mí, incluso después de hallarme dentro del hotel, adonde, según palabras del alcalde Lehman, vendrían a buscarme una hora más tarde, para ir a cenar a su casa.

De ese singular modo me relacioné con la primera autoridad de Scholberg.

Y con todo lo que luego sucedería en aquel lugar, condenado a la más terrible pesadilla imaginable.

* * *

—Mi hija Penelope, y mi esposa Hertha. Queridas, este joven es *herr* Fisher, el caballero inglés del que os hablé. A él le debemos que esta casa no esté hoy de luto.

Las dos mujeres me saludaron, Hertha Lehman, la esposa del alcalde, era una mujer alta, delgada, sobria y pálida, de cabellos entre oscuros y canosos, a suaves mechas. Ojos claros, boca firme y expresión algo triste. Vestía con elegancia y distinción.

Penelope podría haber pasado por cualquier joven inglesa. Cabello castaño, ojos pardos, rostro ovalado y pequeño, un cuerpo menudo, pero bien formado, y una sonrisa afable, que mostraba la nitidez alba de sus dientes. Vestía deportivamente, sin mucha ceremonia, desde su pantalón de pana hasta el anorak azul oscuro, del que se desprendió, dejando ver debajo el jersey de fondo blanco y lana multicolor, en una franja amplia sobre sus pechos firmes y enhiestos. Acababa de llegar de la calle, y llevaba consigo unos esquíes y bastones, con los que, sin duda, había practicado su deporte favorito.

—Es un placer tener en casa a un súbdito de Su Graciosa Majestad —me dijo, en sorprendente inglés, no exento de un leve matiz germano.

—Como ve, Penelope puede dialogar con usted, aunque defectuosamente, en su propio idioma —sonrió el alcalde—. Hertha y yo no dominamos esa lengua, pero a ella le gusta estudiar para irse alguna vez de Scholberg. Dice que esto es demasiado pequeño, demasiado limitado para el pájaro que ansía volar.

—Scholberg es un bello pueblo —comenté—. Y su casa, una vivienda encantadora y deliciosa.

—Gracias. Pero Penelope dice algo así como que «el pájaro sigue deseando volar, aunque su jaula sea de oro puro» —rió el alcalde Lehman—. Y la comprendo. Creo que hace bien con soñar en algo diferente a enterrarse aquí en vida. Los tiempos cambian, y la gente con ellos, *herr* Fisher.

—Ocurre igual en todas partes. Bien, Penelope, si alguna vez vas a Londres, no dejes de visitarme —le tendí una tarjeta mía—. Estaré a tu disposición, en cuanto precises. Y seré un buen guía para ti.

—No lo olvidaré —prometió la muchacha, guardando la tarjeta en un bolsillo de su pantalón de gruesa pana gris—. Me verá algún día por allí. Palabra, señor Fisher.

La cena estaba preparada. Sólo faltaba el padre Geissen a ella. Y, según Lehman, no podía tardar. Terminaría en menos de diez minutos.

Pasamos a una salita anexa al comedor ya dispuesto. Hertha Lehman dispuso unos aperitivos muy sabrosos y apetecibles. Yo elegí vino de oporto, mientras los Lehman preferían un jerez, y Penelope se inclinaba por el vino rancio. Curiosamente, nadie tomó cerveza, pese a que las costumbres de Liechtenstein y de Suiza o Alemania fuesen muy similares.

Transcurrieron más de veinte minutos. Impaciente, Ludwig Lehman consultó varias veces al reloj. Al final, sacudió la cabeza.

—No lo entiendo —declaró—. Ya tendría que estar aquí.

Diez minutos más, y ya Lehman se encaminó al teléfono, llamando a la parroquia. Estuvo un tiempo escuchando. Al fin, colgó.

—No responde nadie —explicó—. Ha debido salir ya…

Se sentó, ceñudo, reflexionando. Hertha parecía tan inquieta como él. Llamó a su hija Penelope, y ambas se encaminaron a la cocina, hablando en voz baja entre sí. Nos quedamos solos los dos. Miré al alcalde. Me parecía excesivamente preocupado, por una simple tardanza de minutos.

—¿Teme alguna cosa especial? —indagué de repente.

Se quedó mirándome muy fijo. Luego, se encogió de hombros.

—¿Cree que puedo temer algo, *herr* Fisher?

—No sé. Lo he pensado, observando su preocupación por la ausencia del padre Geissen.

—Esto me preocupa, porque se une a la caída de la cruz esta tarde, en la calle Mayor.

—Ya —entorné los ojos—. ¿Qué relación tendría una cosa con otra?

—Tal vez el peligro misterioso que nos acecha a algunas personas de Scholberg. Al párroco, a mí…

—¿Peligro misterioso? —Enarqué las cejas—. Eso suena extraño, ¿no, alcalde?

—Muy extraño. Todo esto lo es… —miró de nuevo su reloj—. Me preocupa que tarde tanto. Me inquieta…

—A veces, existen obligaciones para un sacerdote. Obligaciones inesperadas, como una muerte, un enfermo, los Sacramentos…

—Me hubiera telefoneado, de darse ese caso.

—¿Entonces…?

—¡Fisher, tengo un presentimiento horrible! —Se puso en pie de un salto—. ¡Voy a la iglesia en seguida! ¡Por todos los diablos! ¿Cómo no se me ocurrió antes?

—Espere. Le sigo —me ofrecí.

Y al ver que no había oposición alguna por su parte, corrí en pos de él, siguiendo su larga y brusca zancada hacia la calle.

De noche, Scholberg era particularmente solitario y hosco. La nieve y el viento de aquella noche contribuían, sin duda, a esa impresión. No se veía a nadie en las calles. Las luces del hotel, de la fonda, y de dos o tres locales destinados a cervecería o restaurante, eran todo el signo de vida perceptible, a través de vidrieras emplomadas, de color caramelo o azulado, junto con el blanco alumbrado callejero, disperso por las aceras, hasta la luz lechosa que caía sobre la fachada de piedra de la iglesia.

Uní, al fin, mis pasos a los de Ludwig Lehman. Éramos los únicos viandantes por la población. En los coches aparcados, la nieve iba formando una capa esponjosa, blanca y helada. El cielo tenía un color turbulento y sombrío.

—¿Qué es lo que teme, en realidad? —murmuré, inquieto.

El alcalde se encogió de hombros.

—Si lo supiera, *herr* Fisher… Lo peor es que no logro imaginar nada.

—En tal caso, ¿por qué alarmarse? Este parece un lugar tranquilo, donde nada puede suceder… Lo de hoy fue un accidente, recuerde. No pudo haber intención de nadie, en semejante cosa. Yo fui testigo, no lo olvide. Nadie manipulaba aquella cruz de hierro. Cayó, sencillamente, al pasar usted. Pudo ser antes o después. Cierto que tuve como un presentimiento, pero eso fue todo.

—Un presentimiento… Es lo malo de estas cosas, Fisher.

—¿De qué cosas?

—De las que no son de este mundo. Uno presiente, teme, sospecha… Pero nunca ve nada claro, nunca está seguro de cosa alguna.

—¿Cosas… que *no son de este mundo*? —repetí, sobresaltado—. ¿A qué se refiere?

Su respuesta no fue nada clara. Ni alentadora tampoco:

—Al Mal, amigo mío. Al Mal. Y a su más fiel servidor: Satanás…

Justamente entonces, llegábamos ante la puerta de la iglesia. Miramos a la misma, abierta solamente a medias.

—Pues aunque el teléfono no responda, alcalde, el párroco parece que está aún ahí. ¿No se cierra de noche la iglesia?

—Siempre, sí. Eso confirma mis temores. Entremos, Fisher. Temo lo peor…

Yo no podía saber qué sería *lo peor*, y menos, después de haberle oído algo tan vago o inconcreto como era referirse genéricamente al Mal y al diablo.

Pero Ludwig Lehman se metió con rapidez en la casa de Dios. Le seguí. No sabía lo que nos esperaba, pero no podía ser nada malo, con las imágenes a los lados del altar mayor, y en éste la efigie de Cristo, entre velas cuyo olor me recordó la tienda del señor Brunnmaier, aunque en esta ocasión el aroma de la cera se expandía, suave, mezclado con algo más aromático, posiblemente incienso.

—No veo nada —dijo—. Es evidente que sus temores son exagerados, alcalde.

—Venga. Visitemos la sacristía. Es donde está el teléfono… Más allá, tiene el párroco su vivienda, junto a la escalera que sube a la torre y al reloj con campanario…

Le seguí. Era un edificio moderno, lineal, estilizado. Las imágenes, los crucifijos, casi siempre estaban hechos en hierro forjado, sobre la piedra gris. La desnudez del templo le daba un aire más entrañable y sencillo.

Pero aun así, un repentino soplo de aire gélido que entró por un ventanal abierto, y pasó como un ramalazo estremecedor por todo el ámbito abovedado, me hizo sentir un súbito escalofrío.

¿Acaso algún espíritu maligno se había atrevido a mancillar los muros sagrados, con su presencia invisible y perversa?

—¡Aquí! ¡Fisher, Dios sea loado! —Oí gritar con voz rota al alcalde de Scholberg en alguna parte, delante mío.

Corrí hacia él. Y vi lo mismo que él veía, justo entre la sacristía y los escalones hacia la torre del campanario.

Vi, colgado de la larga cuerda de la campana, en el vacío, el cuerpo vestido de negro y gris, del padre Hans Geissen.

Ahorcado dentro de la propia iglesia…

CAPÍTULO III

—¡Ahorcado…!

La voz ahogada del alcalde Lehman, apenas si me impresionó. Yo sabía ya lo que él comentaba. El cuerpo del cura pendulaba en la soga de la campana, sujeto por el cuello.

No fue cosa personal mía, estoy seguro. Cuando menos, no consciente. Pero de un modo instintivo, súbito, busqué en mi bolsillo mi pequeña navaja automática, provista de otra serie de pequeños adminículos útiles en cualquier viaje… y salté hacia la cuerda de la campana.

Salté los escalones rápidamente, tiré con mi mano un seco tajo…, y la soga se cortó por completo, cayendo el cuerpo del sacerdote desde una altura de dos o tres metros, sobre el suelo del corredor.

Me lancé tras él, apresurándome a dar otro tajo, que quitó de su cuello la cuerda, hincada en la carne hinchada del mismo. Liberado de eso, el cuerpo quedó exánime a mis pies. Jadeante, mientras el alcalde seguía lamentándose de aquel horror demoníaco, capaz de producirse incluso en la propia mansión del Señor, me incliné sobre el padre Geissen.

Estaba violáceo, con los ojos dilatados, la lengua afuera, entre los labios amoratados. Pero al mover su cabeza, observé que no se había fracturado el cuello con la soga.

Todo dependía de su grado de asfixia, ya fuese grave, muy grave…, o mortal de necesidad. Esa era la única incógnita. Y la resolví pronto.

—¡Vive! —musité con un jadeo excitado—. ¡*Herr* Lehman, el padre Geissen aún vive…!

—¡Cielos, no es posible! —Se precipitó hacia nosotros con el rostro lívido, pero con un brillo de esperanza en sus ojos—. Fisher, ¿seguro que no se equivoca?

—Todavía sé cuándo una persona respira, su corazón palpita…, y su sangre corre en las venas —dije, algo seco—. Si hay un teléfono por ahí, llame urgentemente a un doctor.

—Sí, sí —afirmó con voz ahogada—. Avisaré al doctor Krumm… Es el único que tenemos en Scholberg…

Corrió a la sacristía. Yo me quedé tratando de reanimar cautelosa, pero eficazmente al sacerdote, con todo cuanto mi escasa sabiduría en el terreno del socorrismo podía prestarme en tal momento. Y pedí a Dios que fuese lo máximo posible, dado lo apurado de la situación de un hombre que, además de peligrar como tal, era también un ministro de Él, entre nosotros…

Por pronto que el doctor Krumm llegase, su vida peligraba intensamente. Quizá todo dependía de mí, como había dependido de mi navaja su propia esperanza única de sobrevivir, tras colgar por la cuerda de la campana, esperando la estrangulación definitiva.

Y me dediqué con toda mi alma al afán de devolver la vida a aquel hombre de traje de clérigo, de vida dedicada al culto y a la fe, o cuando menos, conservarle el escaso aliento vital que en estos momentos pudiera tener su cuerpo.

* * *

El doctor Oscar Krumm, único médico de Scholberg, era un hombrecillo de pelo ralo, canoso, lentes de pinza, dorados, sobre una nariz caballuna, digna de un Einstein e indiscutiblemente de origen semítico. Vestía de oscuro, anticuado, y parecía eficiente y frío.

Abrió su maletín, examinó minuciosamente al hombre cubierto por una tela del altar, y me miró inquisitivo, con unos pequeños, redondos ojos azules, perspicaces y graves.

—Se ha salvado —manifestó—. Igual pudo romperse la tráquea o asfixiarse. Pero se ha salvado.

—Es como un milagro —masculló roncamente Ludwig Lehman.

—No diga tonterías, alcalde —se enfurruñó el médico—. No hay milagro ninguno. Solamente una circunstancia increíblemente beneficiosa para el padre Geissen. Él diría que la mano del Señor está en todo momento y en todas las cosas y personas, sin que,

necesariamente, debamos considerarlo como milagroso.

—Evidentemente, estuvo usted el último domingo en su sermón —rió, sarcástico, el alcalde Lehman. Y ambos hombres soltaron una suave carcajada.

La ambulancia se cerró. Dentro, iba el padre Geissen, con destino al hospital de Scholberg. El doctor, tras agitar su mano cordialmente, subió con el conductor. El vehículo se alejó calle abajo.

—Bien… —suspiró Lehman, volviéndose a mí—. Ya hay otro ciudadano de este lugar que le debe la vida, *herr* Fisher.

—¿El padre Geissen? Oh, no diga eso. Son accidentes que se suceden. Primero usted, luego el buen padre Geissen… No me refiero a los hechos en sí, por supuesto. Pero sí mi intervención en ellos.

—Por supuesto. Ahorcar al padre Geissen no puede ser ningún *accidente*, *herr* Fisher.

—Ni un suicidio —convine—. Los católicos no se suicidan. Y menos, un sacerdote.

—¿Asesinato? ¿Ha pensado en eso? —Me miraba muy fijamente.

—No sé. Creo que no existe otra posibilidad, alcalde Lehman.

—Asesinato… Si, al menos, fuera simplemente eso…

Le miré, asombrado. Sus palabras me resultaban insólitas y terribles. Sacudí la cabeza.

—¿Cómo? —susurré—. ¿Es que… puede haber algo peor?

Afirmó despacio, con ojos alucinados, la vista fija en el sombrío ascético Cristo de hierro forjado, sobre el muro gris del altar.

—El Enemigo —musitó—. Satán mismo, mezclado entre nosotros, Fisher…

* * *

—Satán… Es una locura.

—¿Usted cree?

Miré a Penelope. La cena se había arruinado, prácticamente, pese a los buenos deseos del alcalde Lehman y de su esposa Hertha. La más tranquila de la familia parecía la joven Penelope, con sus pardos ojos reflejando serenidad y calma. Creo que incluso me

superaba a mí. Claro que ella no había visto al padre Geissen colgado de la campana de su iglesia…

—Sí, es completamente ridículo hablar de cosas así, en nuestros tiempos.

—¿No cree en la existencia del diablo? —Sonrió Penelope, sin desviar sus profundos ojos de mí.

—Bueno, no se puede ser taxativo en ciertos temas —eludí—. Creo en el Mal como creo en el Bien. No pueden existir el uno sin el otro, porque de su propio enfrentamiento nace la existencia de ambos. Que hoy en día persista la maldad, es obvio. Y si para un católico la maldad es el diablo, acepto su existencia, pero en un plano metafísico. No puedo creer que él, personalmente, vaya a morar entre nosotros, aquí en Scholberg, por ejemplo.

—Pues es el lugar idóneo para que Satán habite —dijo la joven, irónica.

—¿Usted cree? —Dudé—. En la gran ciudad, en el torbellino actual, en la corrupción, el vicio y las pasiones, sí puede estar Satán. Pero aquí, en este ambiente tranquilo, apacible…

—Este pueblo, señor Fisher, fue ya morada de Satán, una vez.

Me volví. Era Hertha Lehman quien había hablado, con tono singularmente profundo y preocupado. La miré. Era una mujer sobria, inteligente y, tal vez, bastante culta. En su casa había libros, un piano. Sacudí la cabeza.

—¿Eso lo dice alguna leyenda? —Sonreí.

—Eso lo dice la historia misma de Scholberg —me rectificó ella con frialdad—. Allá en el año 1790, cuando pertenecía al Imperio Austríaco, el diablo eligió Scholberg para morar. Y aquí se llevaron a cabo espeluznantes orgías, sangrientos aquelarres y *misas negras* de terrible significado. Sólo que, entonces, el diablo adoptó un nombre para morar entre los humanos. Un nombre de ser viviente y mortal: el barón Jonathan von Jorg.

—Jonathan von Jorg… —repetí, escéptico, como el que escucha la divertida historia de un nuevo guion para la televisión o la radio, en el locutorio de ensayos de la BBC, que era mi habitual centro de trabajo—. Impresiona, es cierto. Seguro que el tal barón era un tipo cruel y despiadado, como muchos nobles de entonces. Pero de eso a ser el propio Satanás, media un abismo. Hoy día no podemos aceptar como buenas las supersticiones de entonces, señora. Y usted

lo sabe.

—Escuche esto, Fisher —terció, con voz ronca, el alcalde de la pequeña población alpina, tomándome un brazo con fuerza. Le miré, y sus ojos brillaban febrilmente—. Yo también me he mofado, como usted, de todo eso que consideraba fantasías. Yo he contemplado el edificio que se levanta sobre las antiguas ruinas ensangrentadas de la mansión señorial del barón Jonathan von Jorg, y que el diablo desearía ver destruido para siempre, para así hacer emerger su poderío dantesco de entonces. Pero luego…, luego he aprendido a temer, a temblar, a inquietarme por el presente, y a meditar sobre el tenebroso pasado de este lugar que le hace tan poco atractivo para muchos turistas de Centroeuropa, incluso en nuestros días.

—Vaya… —suspiré—. Por eso hay tan poco movimiento turístico aquí, ¿no, alcalde? Creí que sería por el mal sendero, por las dificultades del viaje…, y resulta que es por el diabólico barón Von Jorg… ¿Qué edificio es ése que él desearía ver aniquilado, para que su pasado esplendor resurgiera de las ruinas?

—La iglesia, Fisher. La iglesia…

En ese momento, Hertha lanzó un alarido espeluznante, y se incorporó, lívida, derribando su silla, una copa y un plato, con enorme estrépito. Creo que nos sobresaltó a todos, incluso a mí.

Señaló, con brazo rígido, a un punto situado a mi espalda, y gritó, angustiada:

—¡Allí, allí! ¡Miren eso…!

Nos volvimos. Miré adonde ella señalaba. A la ventana.

Lo confieso. Yo tampoco pude evitar un escalofrío, al contemplar el rostro malévolo, bailoteando amarillento, al otro lado del vidrio salpicado de nieve…

* * *

—Una muñeca… Es sólo una muñeca de cera…

Sostuve en mis manos el feo objeto, y lo tiré con ira contra el muro. La cabeza se desprendió del resto del cuerpo, rodando como si fuese la diminuta cabeza de un decapitado enano, por el alfombrado suelo del comedor.

Otro alarido horrible acogió mi acción. Me volví, contemplando a Penelope, la joven Penelope, que se mantenía rígida, con ojos muy abiertos, fijos en aquel objeto de cera, roto por mi impulso.

—¡No lo haga! —chilló—. ¡No haga nunca eso! ¡No puede hacerlo!

Allí parecía existir un histerismo colectivo del que, por el momento, sólo me libraba yo, e ignoraba por cuánto tiempo. Miré con acritud a la muchacha.

—No sabe lo que dice —hablé—. Está excitada. Era sólo un monigote de cera, y bastante feo, por añadidura.

—¡No lo debe hacer! ¡No rompa esa muñeca! —Casi sollozó ella, como poseída por algún poder maligno. Me miró, con ojos centelleantes de odio, y luego, tapándose los oídos con ambas manos, estalló en sollozos, y corrió escaleras arriba, hacia su dormitorio, sin duda, gritando incongruencias poco agradables—: ¡Oiga cómo llora la criatura, oigan todos cómo llora la pobre muñeca rota…! ¡Oigan sus lamentos! ¡Oh, cómo les odio! ¡Les odio a todos…!

Arriba sonó un portazo violento, que ahogó los sollozos. Se hizo un molesto silencio en el comedor de los Lehman. Miré al alcalde y a su esposa, pálidos como muertos ambos, sin saber exactamente qué decir.

En la ventana, ya sólo oscilaba, a impulsos de la ventisca, entre remolinos de nieve, el hilo rojo del que pendiera anteriormente en el exterior la odiosa muñeca de cera.

—Lo siento —dije roncamente, bajando la cabeza—. Si hice algo malo, les ruego me disculpen. No esperaba esa reacción.

—Nosotros tampoco —musitó Ludwig Lehman. Miró arriba, hacia donde se fuera su hija—. Esto va peor. Todo va peor. Especialmente, Penelope. Creí que había sanado, olvidado.

—¿Sanado? ¿Olvidado? —Hice un gesto indeciso—. No quiero meterme en sus cosas, señor, pero no entiendo nada… Yo me limité a salir, recoger esa muñeca, que algún gracioso colgó de la ventana, asustando a su esposa, y la tiré sin mucho cuidado. Se ha roto, sí. Pero no creo que eso sea para tanto…

—Hacía unos días que Penelope se mostraba bien. Ha debido ser la nieve, el viento… o ese incidente de ahora —se quejó, con voz dolida, su madre. Volvióse a su marido, y expresó con angustia—:

Todo sigue igual. Ludwig. Es inútil cuanto hagas tú o cuanto intente el juez Gobel…

—Me ha parecido presa de un histerismo agudo —señalé—. ¿La visita acaso el doctor Krumm, alcalde?

—¿A mi hija? —Sacudió negativamente la cabeza—. No, no la visita. Ni es histerismo, aunque usted lo crea así. Es algo peor. Mucho peor, amigo mío. Pero no creo que lo entendiese, aunque se lo explicara.

—Siempre procuro ser comprensivo con problemas ajenos —dije, algo seco—. Supongo que esto no tendrá nada que ver con el diablo…

Creo que acababa de mentar la soga en casa del ahorcado. Los Lehman sufrieron un sobresalto, un vivo respingo lo señaló. Me miraron como asustados.

—Dios mío, Fisher, ése es el caso —jadeó el alcalde, lívido—. Penelope está enamorada. Perdidamente enamorada…

—¿Eso es malo? —Enarqué las cejas, entendiendo cada vez menos.

—Enamorada de un hombre maldito —corroboró Hertha Lehman—. Un hombre que no le conviene… Ahora él está preso. Espera ser juzgado por un horrible delito. Y ella le ama.

—¿Preso? —Arrugué el ceño—. ¿Aquí, en Scholberg?

—Sí. El jefe de policía, Conrad Schaab, dispuso su encarcelamiento hace dos semanas —habló el alcalde roncamente —. El juez Gobel ha dispuesto ya el auto de procesamiento contra él. Nadie puede ayudarle. Ni Penelope, ni su propia colaboradora y cómplice, que sufre arresto domiciliario, por el momento.

—Y todo eso… ¿por qué delito?

—Prácticas prohibidas.

—¿Prácticas prohibidas? —Me asombré—. ¿Qué clase de prácticas?

—Estudios y experiencias científicas…, *con cadáveres humanos*, ¡robados de nuestro cementerio!

Me pareció, por un momento, cruzar las fronteras mismas del Tiempo, y hallarme en el pasado, en el oscurantismo terrible de otros años, cuando los ladrones de cementerios, los profanadores de tumbas, eran una plaga siniestra, extendida por la Inglaterra victoriana, tenebrosa y nefasta.

Cementerios… Cadáveres humanos. Experiencias científicas ocultas. Sacudí la cabeza, como si repentinas y heladas telarañas de un panteón o de una vieja cripta con hedor a humedad y a muerte, se hubieran adherido, de repente, a mi piel sudorosa.

—La ciencia ha progresado actualmente, alcalde —susurré—. Nadie necesita ir robando cadáveres para prácticas ilegales…

—Él lo hizo. ¡Y mi hija ama a semejante monstruo! —jadeó Ludwig Lehman con angustia evidente—. Fisher, es horrible… Ese hombre no es un científico, ni un cirujano o un médico. ¡Sus prácticas son el ocultismo, y su ciencia es satánica!

—Por favor, señor Lehman, razone, trate de ser frío y consciente, y ver las cosas sin antiguas supersticiones medievales —le intenté disuadir con voz serena.

—¿No? ¿Cree que puedo dudar de todo ello? ¿Sabe cuál es el nombre de ese joven abominable? —farfulló, con ojos dilatados, ardientes y trémulos.

—Si usted no me lo dice…

—¡Jorg! ¡Su nombre es… Jürgen Jorg! El mismo apellido del barón Jonathan von Jorg…

CAPÍTULO IV

—Jürgen Jorg… Sí, amigo mío —asintió el hombre calvo, rubicundo y amable, sacudiendo cortésmente la cabeza, con la luz brillando tanto en sus ojos azules, con matiz de cristal, como en su cráneo, pelado y rosáceo, carente de cabello—. Yo tuve que hacerle arrestar. No se resistió, es cierto. Mis agentes iban dispuestos a usar la fuerza, pero no hizo falta alguna. Se entregó dócilmente, incluso con una extraña sonrisa. Y así ha continuado en la celda de la prisión local hasta ahora. Como burlándose de nosotros, de su encarcelamiento y de sí mismo. Extraño tipo, el tal muchacho…

El comentario del jefe de policía local, Conrad Schaab, no aclaraba gran cosa, y le daba cierto aire enigmático a la situación, de acuerdo también con las palabras del alcalde de Scholberg.

Me limité a afirmar con la cabeza, estudiando al hombrecillo, con aspecto del perfecto funcionario policial centroeuropeo. La luz del globo eléctrico, de vidrio translúcido, con adornos dorados, era lo más similar que nunca vi a la de un viejo mechero de gas. Algo en Scholberg, al menos durante la noche, recordaba las épocas pretéritas. Era como haber vuelto al siglo pasado.

Y mientras sólo fuera eso…

Di unos pasos nerviosos por la amplia y destartalada antesala del hospital. El reloj mural, que no era eléctrico, sino de péndulo, y bastante viejo, con reminiscencias bávaras, marcaba las once de la noche.

Afuera, la ventisca era fuerte. Y la nevada aumentaba su intensidad por momentos. Ya la calle era de una albura total, y el blanco elemento se apelotonaba sobre los salientes de ventanas, puertas, escalones y rótulos de los negocios locales.

La puerta del fondo, de vidrios esmaltados de blanco, se abrió. El alcalde Lehman apareció, haciéndonos un gesto con la mano.

—Si quieren pasar… —murmuró a medio tono—. El padre

Geissen está en condiciones de recibirlos a los tres, caballeros…

Me apresuré a seguir al jefe de la policía local. Schaab tenía un modo cómico de caminar, con sus piernas arqueadas, zambas. Pero la verdad es que no sentí muchas ganas de reírme. Entre las extrañas reacciones de Penelope Lehman, la muñeca colgada en la ventana con un hilo rojo, el cura ahorcado en el campanario, y la existencia de un joven preso, acusado de prácticas oscuras e ilícitas con cadáveres robados de sus tumbas, no era como para que uno se sintiera precisamente animado. El ambiente del tranquilo y amable pueblo de Scholberg, empezaba a resultarme opresivo por momentos.

Un hombre de mediana edad y bata blanca, y una mujer madura, de pelo canoso, con andares de leñador, también uniformada de blanco, nos condujeron hasta la habitación del hospital donde reposaba el padre Hans Geissen, tras su experiencia, que pudo ser trágica, en la soledad de su iglesia. Confieso que estaba profundamente interesado en ver cara a cara al infortunado sacerdote, para sacar algo en limpio de todo aquello. Algo que fuese más concreto y tangible que una historia de influjos diabólicos del pasado, y de la repetición de un apellido de siniestro significado para los habitantes del pequeño pueblo de Liechtenstein: Jorg.

El padre Geissen no estaba aún bien del todo. Pero se encontraba más animado de lo que yo esperaba.

La huella violácea, mordiendo la carne de su garganta, era bien ostensible. La soga había dejado su señal en la piel del sacerdote. Nos miró con una expresión amable en su rostro enérgico y dulce a la vez. Me sonrió particularmente a mí.

—Gracias… —dijo roncamente, con voz que hacía difícil la inflamación de su cuello dañado—. Me lo han contado, señor… Usted me salvó de morir.

—No piense en ello —respondí—. Todos contribuimos, padre.

—No, no —se apresuró a negar el alcalde—. Padre Geissen, de no ser por la decisión del señor Fisher, nuestro huésped en Scholberg, usted estaría muerto. Ya somos dos los que le debemos la vida, por diferentes motivos.

—¿Diferentes? —Una extraña, sardónica expresión, asomó al rostro del sacerdote católico—. ¿Usted cree que son tan *diferentes* esos motivos, alcalde?

Lehman tragó saliva e inclinó la cabeza, inquieto. No supo qué decir. El funcionario de la policía carraspeó. Yo me acerqué unos pasos al lecho del cura.

—He oído ya varias alusiones a hechos casi demoniacos —le dije sin rodeos—. Usted es la voz de la razón y de la lógica. También de la fe. No creo que sea un fanático ni un supersticioso, padre Geissen. ¿Qué puede decirme de ciertos hechos extraños que están ocurriendo aquí? ¿Qué, sobre su presencia, colgado de aquella cuerda?

El padre Hans Geissen respiró hondo. El sanitario parecía a punto de censurarme mi empeño en molestar y excitar al paciente, pero el propio sacerdote hizo un gesto con su mano, y comenzó a expresarse lentamente, luchando con la dificultad de su garganta dañada:

—Dijo usted bien. No soy fanático ni supersticioso. Pero algo está ocurriendo aquí. Algo que no tiene explicación lógica ni razonable. No es sólo mi caso. Está el de la señorita Von Walter… Pero dejemos eso, señor Fisher… No sé lo que me sucedió. Terminé el oficio religioso de la tarde de sábado, recogí los objetos del culto, cambié mis ropas de ceremonia por las de clérigo… y poco más puedo decirle. Algo me invadió, como un mareo o un vahído. Sentí un extraño e intenso olor dulzón, que invadía el templo…, y me hundí en la oscuridad. El resto, lo conocen ustedes mejor que yo. Lo que pasó allí, lo ignoro.

—¿Cree que el diablo está en Scholberg? —le espeté con rudeza.

—Ya basta —cortó el enfermero—. El padre Geissen se excita demasiado. Les ruego le dejen tranquilo. Retírense ya, por favor. Mañana podrán, quizá, hablar con él más tiempo.

—Sí, perdone —me aparté, arrepentido de mi impulso—. Hasta mañana, padre.

—Hasta mañana, amigo mío —sonrió él dulcemente, con fatiga. Sus ojos brillaron—. En cuanto a su pregunta, le diré que… que el diablo está en todas partes, señor Fisher…

Cerró los ojos, como si eso fuera una respuesta. Salimos de allí, en silencio. Nuestros pasos sonaban huecos por el corredor del hospital. Yo mismo rompí ese mutismo:

—Señor Schaab, ¿qué le sucedió a la señorita Von Walter?

Los dos se detuvieron, mirándose entre sí, acongojados. Era

obvio que la pregunta les sentaba como una patada en el trasero. Lehman apretó los labios. Schaab volvió a carraspear, antes de informarme secamente:

—Ilona von Walter…, está en trance, desde hace un mes. Como hipnotizada. No siente, no habla, no escucha. Vive al margen de todos. Le ocurrió de repente, Fisher. Una noche de sábado…

—El *sabbat* —recité lúgubremente—. Hoy es sábado, ¿se han dado cuenta?

No respondieron a mi comentario. El jefe de policía se limitó a añadir con voz tensa:

—La señorita Von Walter apareció en ese estado, vestida con un largo camisón, deambulando por las cercanías del cementerio local… Una muñeca de cera pendía de su cintura, atada con un hilo rojo…

* * *

Las muñecas.

Seguían siendo horribles. Como miniaturas humanas en color amarillento, cadavérico. Alineadas en el escaparate, donde la nieve formaba ya festones blancos, y helados. Las contemplé con fijeza. Miré al interior de la tienda, sintiendo náuseas ante el fuerte hedor a sebo.

Había luz al fondo, en la trastienda que era a la vez vivienda. Brunnmaier estaba aún levantado. No faltaba ninguna muñeca, que yo recordase. Pero tendría más allí dentro. Alineadas como velones para una capilla ardiente. La idea de modelar figurillas de cera era repugnante y estúpida. Sobre todo, después de haber visto pender aquélla en la ventana de los Lehman, y haber visto sollozar a Penelope por la rotura de su cabeza, diciendo tonterías como aquélla de que la muñeca *lloraba y se quejaba* al romperse…

Sobre todo, después de saber, por el jefe de policía Schaab, que la señorita Von Walter había dejado de ser una persona normal desde la noche del sábado en que apareciera deambulando cerca del cementerio con una de las horribles muñecas colgando de su cintura…, con *un hilo rojo*.

«Es ridículo —me dije, más para convencerme a mí mismo que

por otra cosa. Miré en torno mío, a la soledad impresionante de la calle nevada, blanca y desolada. Eludí contemplar de nuevo las odiosas muñequitas céreas. Y me repetí una vez más, obstinadamente—: Ridículo por completo. No tiene sentido. Muñecas, hilo rojo, influencias satánicas… ¡Oh, cielos, es para enloquecer! Me pregunto si todos ellos no se habrán vuelto locos ya…».

Miré el perfil oscuro y esbelto de la iglesia alpina, y me sentí algo más aliviado. Las luces de la calle eran globos lechosos, difundidos entre los algodonosos copos blancos que caían con intensidad gradual y creciente.

Eché a andar de nuevo, hacia el hotel cercano. Las luces de la vivienda de los Lehman, brillaban allá, al fondo de la calle. También la farola azul de la comisaría de policía local, donde dejara un momento antes a Conrad Schaab.

Antes de llegar al hotel, había un edificio en sombras, del que no me había preocupado ahora ni antes. Tal vez tampoco me hubiese preocupado nunca, de no ser por la voz que brotó de su oscuro portal, al pasar yo junto a él:

—Buenas noches, extranjero.

La voz me frenó en seco, con mis pies hundidos en el blanco elemento esponjoso. Giré la cabeza, creyendo haber oído mal. El saludo ronco, profundo, había sido en inglés correcto.

Y la voz que lo pronunciara, era… femenina.

—¿Me ha saludado a mí? —respondí, escudriñando en vano la oscuridad del portal.

—Sí, extranjero. A usted —corroboró la voz cálida y extraña de mujer.

Sentí un leve estremecimiento. Quizá era solamente una meretriz, en una casa de mala reputación. Pero los últimos incidentes me habían hecho ver fantasmas por todas partes.

—No veo a nadie —dije.

Hubo un silencio. Una repentina luz anaranjada brilló tras un rectángulo enrejado, en una puerta. Un rostro pareció flotar en esa luminosidad, ante mí. Un rostro de mujer, difícil de definir…

—¿Y ahora? —susurró—. ¿Puede verme?

—Sí —murmuré—. Puedo verla. Parece hermosa.

—*Soy* hermosa. Y joven.

—¿Qué busca?

—Tal vez a usted.

—Habla muy bien el inglés.

—Hablo muy bien otros muchos idiomas, extranjero. ¿Le asusto acaso?

—¿Asustarme? No. ¿Por qué motivo habría de hacerlo? —Sonreí forzadamente, cada vez más convencido de que estaba ante una ramera elegante, culta y con singulares dotes de seducción. Confieso que estaba profundamente intrigado por ella, aunque esa clase de mujeres nunca me habían seducido de modo particular, en ningún momento de mi vida.

—A muchos logro asustarles. Si les llamo, pasan más rápidos y se alejan —rió con una tonalidad profunda, susurrante, melodiosa incluso.

—Si me busca a mí, ¿con qué motivo es? Supongo que…

—Supone mal —me cortó, glacial—. No soy lo que imagina.

—¿No? ¿Imagino algo acaso?

—Sí. Cree que soy una prostituta original, eso es todo.

Me sentí impresionado. ¿Leía mis pensamientos, o había hecho una deducción audaz? Sea como fuere, la dama misteriosa había acertado. Y allí estaba yo, recibiendo la nieve en mis hombros y cabellos, estoicamente. Hablando con una desconocida, de quien apenas vislumbraba los rasgos clásicos y hermosos de un rostro difuso en la luminosidad anaranjada del interior, a través del visor angosto de una puerta cerrada.

—La verdad es que lo he pensado —dije—. Lo siento.

—No, no lo sienta —oí su suave, melodiosa risa—. Es lo natural, en un caso así. Pero no me gustaría ahora pedirle que entrase. Ello no haría sino confirmar sus temores. Y, sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué? —Me puse en guardia.

—Me gustaría que entrase. Hablar con usted.

—¿Por qué conmigo precisamente?

—Quizá porque también es extranjero. Como yo misma. La gente de Scholberg es rara. Muy rara. No me comprenden. Ni yo a ellos.

—¿Tenemos algo de qué hablar usted y yo?

—Sí, tal vez sí… ¿No se atreve a entrar? Estoy sola en la casa.

—No temo a ninguna mujer. Pero me encuentro cansado. Me

retiraba ahora a mi alojamiento. He llevado un día muy agitado: el viaje, mi estancia aquí, con una serie de incidentes…

—Lo entiendo —suspiró—. Perdone si le he molestado. Siga su camino. Buenas noches, extranjero.

Lo dijo como sin convicción. Segura de que yo no me iría de allí. Seguía como adherido a la nieve por invisibles raíces. Me incliné hacia la puerta del mirador abierta.

—Está bien —dije—. Usted gana. Entraré.

Oí su nuevo suspiro, profundo y como lleno de alivio. Sonó un pestillo.

—Menos mal —susurró—. Entre, se lo ruego. No tiene nada que temer.

No pensaba temer a nada ni a nadie. Podía ser una emboscada, por supuesto. Pero aquello no era la Casbah argelina, ni mucho menos. Además, yo no llevaba encima dinero alguno. Mis *travellers checks* y mi dinero estaban en la caja fuerte del hotel.

La puerta se abrió. El resplandor anaranjado pareció absorberme, atraerme hacia sí como la llama atrae a la polilla. Un aroma suave, dulzón, embriagador, penetraba en mí, hasta adormecer los sentidos.

Se cerró la puerta tras de mí. Nos miramos ambos, en aquel ámbito casi irreal, de luz opalescente. Evoqué las viejas novelas de Sax Rohmer, con su inefable y enigmático Fu-Manchú, leídas en mi infancia. Aquello tenía cierta semejanza con el exotismo oriental. Eso, en el Principado europeo de Liechtenstein, resultaba ya de por sí chocante.

Pero lo más chocante de todo, era ella.

Ella…

Creo que nunca había visto hasta entonces a una mujer igual. Ni siquiera en los telefilmes de ciencia ficción preparados por la BBC para el consumo popular.

Alta, muy alta. Casi como yo. Pero llevaba tacones, pese a que la larga falda color púrpura no dejaba advertirlo claramente. Cabellos negros, lustrosos, casi como lacados, peinados estiradamente hacia atrás, tensando el óvalo de su rostro, con dos enormes, almendrados ojos rasgados, intensamente negros, dignos de una antigua estatua egipcia. La boca era una flor sangrante y pecaminosa, en medio de aquella faz entre sensual y esotérica. Las facciones rectas, suaves,

estilizadas, casi de estatua o de figurilla de marfil.

Su busto armonioso, suave, se cubría con una especie de manto escarlata, sobre el negro de un corpiño de seda, que completaba el atavío con el púrpura oscuro de su larga falda ceñida. Observé sus manos: largas, de dedos sensitivos, marfileños, prolongados y sutiles, de afiladas uñas corvas, como garras de un felino al acecho.

Y pintadas con una laca de tono rosado intenso…

—Mi nombre es Daria —dijo—. Daria Degmark.

—Daria… Extraño nombre —comenté, sin dejar de mirarla, junto a la puerta, en el recibidor de luz opalescente.

—Ya le dije que soy extranjera.

—El apellido parece alemán. ¿Lo es?

—Austríaco —esa palabra me hizo recordar vagamente a alguien: una joven autostopista, de verdes ojos irónicos y breve falda sobre unas bellas piernas: Monika Werner, también austríaca. Pero la misteriosa dama añadió en seguida—: Sin embargo, no soy austríaca, sino holandesa. Y de padres bávaros.

—Le aseguro que es un placer conocerla. Y no lo digo por cumplido.

—Gracias. Me han dicho muchas veces que soy hermosa. Pero no soy presuntuosa.

¿Quiere seguirme? Le entretendré poco tiempo, se lo aseguro…

La seguí. Creo que no hubiera podido hacer otra cosa. Daria Degmark tenía una especie de poder de persuasión extraordinario, un magnetismo profundo y misterioso, al que era difícil escapar.

Pasamos a un gabinete iluminado tenuemente con lámparas tamizadas, de suave color rosado. Allí, uno se sentía confortable, cómodo, soñoliento casi.

Divanes de muelles cojines esponjosos, me acogieron al invitarme ella a sentarme. Me ofreció, con su voz melosa:

—¿Alguna bebida, señor…?

—Fisher —dije—. Allan Fisher, de Londres.

—Londres… —ella entornó sus negrísimos ojos centelleantes. Sus labios se fruncieron en un mohín rojo y sensual—. Inglaterra… Las islas, señor Fisher… Me fascinan las islas, perdidas en un mar turbio y gris.

—El mío lo es —asentí, riendo—. A veces, demasiado gris y demasiado turbio… Pero acabemos. ¿Qué desea de mí? ¡Esto es lo

más parecido que jamás vi a un fumadero de opio, señorita Degmark!

—Llámeme Daria, simplemente. Me fascina que me citen por mi nombre —me estudió, intensamente—. ¿Ha estado antes en algún fumadero de opio?

—No —me vi obligado a negar—. Pero he visto decorados en los estudios de televisión de la BBC…

—¡Televisión! —expresó desdeñosamente, y eso me demostró que sí debía ser inteligente—. No, señor Fisher. Esto no es un fumadero. Jamás probé el opio ni droga alucinógena de clase alguna.

—Eso está bien —me removí inquieto, y traté de sonreír—: Llámeme Allan. Me gusta más.

—Simpatizamos los dos, creo —se acomodó frente a mí, con la majestuosidad de una reina o de una zahorí morisca—. Allan, ¿toma algo?

—No, gracias —rechacé—. He tomado dos *brandys* con el alcalde, y una cerveza fuerte con el jefe de policía Schaab. Eso cubre mi línea de flotación por hoy.

—Vaya… El alcalde, el jefe de policía… —sus ojos relampaguearon, con una mezcla de sarcasmo y desprecio—. Veo que tiene buenas amistades, para ser un recién llegado.

—No son malas —la miré, fijo—. ¿Cómo sabe que soy *un recién llegado*? Usted parece saberlo todo sobre mí, Daria.

—Le vi llegar. Le vi salvar la vida al alcalde. Cuando la cruz se desplomó… —hubo un leve estremecimiento en su piel pálida y sedosa. Cerró los ojos—. También salvó al cura…

—¿El padre Geissen? Sí, tuve suerte en eso. No había muerto cuando logré romper la cuerda… ¿Tan rápidas corren las noticias en Scholberg?

—Yo las capto —entreabrió sus ojos, sin desviarlos de mí, como los de un hermoso reptil que intenta fascinar a su futura víctima. Sin embargo, cosa rara, no había nada inquietante ni amenazador en ella. Yo no sentía miedo alguno—. Allan, ¿por qué ha venido?

—¿Eh? —Me sorprendió su pregunta, por lo brusca.

—Nunca debió de venir a Scholberg. Usted no entraba en el juego…

—¿El juego? —Tuve un pestañeo sorprendido—. ¿Qué juego?

—Oh, nada —hizo un ademán voluble, como quitando trascendencia a sus enigmáticas palabras—. Olvídelo, Allan. ¿Sabe por qué le he invitado a entrar aquí, esta noche?

—Supongo que porque se sentía tremendamente sola, y necesitaba hablar con alguien —sonreí—. Ahora estoy seguro de que no es una cualquiera. Ni mucho menos.

—Me honra su criterio, Allan —me estudió con cierta frialdad—. Es cierto. Estoy sola. Pero yo nunca me siento sola, en realidad. No puedo salir a la calle. No puedo pisar siquiera la acera, o me encarcelarán. O me expulsarán de Scholberg, ¿entiende?

—No, no entiendo. ¿Por qué motivo…? —Me detuve bruscamente. Recordé algo, y la miré con repentina aprensión—. ¡Espere! ¿Usted… usted es…?

—Daria Degmark, ya se lo dije. Pero también soy algo más. Sí, es cierto lo que imagina ahora. Lo que ha intuido. Soy la amante de un hombre llamado Jürgen Jorg. Un hombre cautivo, acusado de prácticas prohibidas con cadáveres robados del cementerio.

No hice comentario alguno. Era algo que ya había presagiado antes. La miré, perplejo. Sacudí la cabeza. Ella tampoco dijo nada. Al fin, traté de saber algo más:

—Pero… ¿por qué todo eso? ¿Qué hacía su… su amigo Jorg con los muertos?

—Ya lo sabe: prácticas prohibidas. Está prohibido devolver la vida a los muertos, Allan. En Inglaterra, en Liechtenstein y en todas partes…

—Devolver la vida a los muertos… —hice un gesto escéptico—. No puedo creerlo…

—Hay poderes que usted desconoce, amigo mío. Poderes superiores a cuanto vio en la vida. Esos necios policías de este villorrio creen posible acabar con Jürgen, encerrándole en una celda. ¡Están rematadamente locos!

—La justicia le exigirá responder de su posible delito…

—¡La justicia! Nadie puede nada contra un hombre como Jürgen Jorg. ¿Sabe la leyenda?

—Sí. El barón Von Jorg…, el diablo —recité sordamente.

—¡El diablo! —Ella estalló en una carcajada realmente extraña y hueca. Me miró, divertida—. ¿Usted cree esas patrañas de los ignorantes?

—No sé —confesé—. Muchas cosas en las que no creía…, empiezo a dudar de ellas…

—Pues no dude, mi amigo —habló ella—. Usted sabe que Jürgen Jorg, mi amante, el hombre acusado de desenterrar difuntos y practicar con ellos su ciencia, hasta hacerlos revivir, está encerrado, ¿no es cierto? En una vieja y sólida mazmorra de la prisión local…

—Sí, eso me ha referido el alcalde, el jefe de policía…

—Pues bien. Para que vea cuán pobres son los recursos de estas gentes, en su afán de frenar lo irremediable… ¡Jürgen, cariño, ven aquí con nosotros!

Mis ojos parpadearon, atónitos.

Una cortina de rojo intenso, de terciopelo pesado y brillante, se alzó al fondo de la confortable estancia de luces rosadas.

Un hombre alto, enlutado, pálido, extraño, joven y atractivo, frío y rígido, como un espectro hermoso y delicado que surgiera de la propia tumba, apareció ante mi atónita mirada.

Y en su inglés perfecto, académico y frío, su voz sonó persuasiva en mis oídos, sin que yo, ni por un momento, dudase de su sinceridad:

—Buenas noches, Allan Fisher… Yo soy Jürgen Jorg, a su servicio como buen amigo…

Le contemplé, casi despavorido. Sin saber la razón, estaba seguro de que no mentía. De que él era Jürgen Jorg, evadido inexplicablemente de una sólida celda bien guardada.

—¿Cómo… cómo es posible…? —susurré roncamente.

—Todo es posible para un discípulo del diablo —fue la increíble respuesta de Jürgen Jorg, con una larga y siniestra carcajada, de increíble malignidad—. Y yo lo soy, Allan Fisher…

CAPÍTULO V

Jürgen Jorg.

Si era él, aquello no tenía mucho sentido. Pero su aparición había sido fantasmal y extraña. Sus palabras, más aún.

Lo lógico era haber salido despavorido de aquella misteriosa casa, vecina a mi hotel, en la apacible calle Mayor de Scholberg. Sin embargo…

Sin embargo, allí estaba yo ahora. Delante de él y de su amante, Daria Degmark. Como un invitado de honor del propio Lucifer, en su mansión de llamas y perdición. Increíble, pasmosamente burgués, entre dos endemoniados.

Aún ahora, cuando lo recuerdo, todo aquello me parece tan inaudito, tan inverosímil, tan fantástico como si jamás hubiera llegado a suceder.

Y, sin embargo…, sucedió.

Aburguesadamente, amistosamente, con un absurdo sentido de la cortesía, yo era el invitado de… del diablo.

Claro que todo eso eran viejas leyendas, escritos medievales, de un tiempo en el que los hombres se preocuparon demasiado por echar las culpas al diablo, eludiendo las suyas propias. Pero ahora, en aquel ambiente obsesivo y alucinante, que sin embargo parecía tan lleno de inaudita y grotesca normalidad, esas polvorientas frases de los filósofos y teólogos de siglos anteriores, cobraban extraño, oscuro y siniestro sentido…

Ahora, en ese momento, yo escuchaba como la cosa más normal del mundo, la palabra de aquel hombre pálido, marmóreo y apacible, de penetrante y helada mirada oscura, de sonrisa sardónica, de ademanes correctos y pulcros, enteramente vestido de negro. Escuchaba lo que estaba diciendo en su tono grave, pausado, culto y persuasivo, preguntándome interiormente si era posible que yo, precisamente *yo*, formara parte de aquel hogareño aquelarre:

—… Ahora, ya sabe casi todo sobre mí y sobre Daria, señor Fisher. Sabe que soy el hijo del barón Von Jorg. No me pregunte cómo un hijo existe a los cientos de años de haber desaparecido su padre. Está tocando un mundo que no es el suyo. No miento. No soy un farsante. Podría hacer, ante sus ojos, prodigios tales, que usted enmudecería de asombro, de admiración o de horror. Pero eso son cosas de taumaturgos. Quiero ser sincero con usted: váyase de Scholberg, ahora que aún está a tiempo. Deje a esta ciudad con su propio destino. Es lo mejor que puede hacer.

—Habla como si estuviera persuadido de que yo…, *creo* su fantástico relato, Jorg —repliqué con cierta acritud.

—Es que *lo cree* —sostuvo él, impávido—. Lo sé. Leo su pensamiento. Sabe que no miento. No soy un espectro, ni un vampiro, ni un fantoche. Soy… quien le dije que era. He venido a pedir cuentas a todos. A levantar a los muertos de sus ataúdes, y mezclarles con los vivos en el gran aquelarre. El momento del caos está próximo. No quisiera que usted estuviese aquí para entonces. No, Fisher. No me gustaría.

—¿Por qué? —repliqué—. No me conoce de nada…

—No. Y ya ha salvado a dos de mis víctimas: al alcalde Lehman y al padre Geissen. Son mis dos irreductibles enemigos aquí. Un fanático y un religioso. Sólo muertos pueden ser mis vasallos. Y unirse al coro.

—¿El coro? —repetí.

—Déjelo. No lo entendería. O le parecería demasiado fantástico y horrible. Tenemos diferentes conceptos del horror. Pero en usted hay cosas admirables y sorprendentes. No es un hombre creyente, su fe es vulgar, más bien débil. Sin embargo…, está dispuesto a admitir como normal lo más ilógico, y como verosímil lo más inaudito. ¿Por qué, Fisher?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Soy escéptico por naturaleza, mientras no veo nada en contra de ese principio. Si algo me convence, lo acepto. No tengo nunca prejuicios.

—¿Ni… contra el diablo? —Rió, sarcástico, Jürgen Jorg.

—Ni contra él. Lo eludo, pero no le temo. Creo en él, como creo en el Bien y en el Mal, en Dios y en una fe para todos los hombres.

—¿No le defrauda ver que, pese a citar a Dios, yo no desaparezco aullando, entre llamas infernales? —Sonrió Jorg.

—No, no me sorprende —confesé—. Sería demasiado ingenuo. Y usted no parece ingenuo, Jorg.

—Me asombra usted, Fisher. Y confieso que poca, muy poca gente me asombra en el mundo. Es… es usted inverosímil.

—Soy inglés —sonreí.

—Eso tal vez lo explique todo. Volvamos a lo nuestro —suspiró—. ¿Va a marcharse?

—¿Cuándo?

—Esta noche mismo. Ahora.

—La carretera estará impracticable, oscura, resbaladiza… No, no puedo hacerlo.

—Le garantizo que nada le sucederá —rió Jorg—. Y puedo garantizárselo plenamente.

—Le creo. Pero no me gustaría viajar ahora. Me encanta la comodidad.

—¿Mañana, al amanecer?

—No lo sé. No le aseguro nada.

—Después, será tarde —me avisó Jürgen Jorg—. No habrá salida.

—¿Por qué motivo? ¿Piensa impedírmelo?

—La nieve se lo impedirá. Mañana, antes del mediodía, todo estará bloqueado. Nadie podrá salir de Scholberg. Ni entrar en él. Cuando eso sucede, los teléfonos quedan cortados, la gente se enfrenta a graves problemas. Y a veces, incluso, la luz eléctrica se extingue, por alguna avería en el tendido de energía.

Me estremecí. Imaginarme en Scholberg, sin luz ni teléfonos, bloqueado por la nieve, era una idea demasiado tenebrosa para mi mente. Y con Jorg y Daria allí…

Miré a ambos. Daria sonreía, amable, mirándome con su fijeza obsesiva. Jorg se limitaba a esperar una decisión mía al respecto.

—Lo siento —dije al fin, poniéndome en pie—. Creo que no me iré.

Jorg miró a Daria. Ella a él. Luego, me contemplaron, preocupados.

—Me lo temía —suspiró él—. ¿Por qué, Fisher?

—No sé. No me gusta que me pidan algo. Soy curioso. Tengo interés por ver en qué va a parar todo esto.

—No le gustará el final. Absolutamente nada.

—Esperaré a juzgar por mí mismo, Jorg.

—Como quiera —murmuró, poniéndose en pie—. Sé que no valdría la pena insistir. Nos conocemos ambos muy bien. Quédese. Pero no me culpe luego de nada. Ni se reproche nada a sí mismo. Habrá sido su propio error.

—Una sola pregunta, Jorg. ¿Va a responderla?

—Tal vez. ¿Cuál es la pregunta? —Me estudió, cauto.

—¿Qué va a suceder en Scholberg?

—Será mi reino —recitó, glacial—. Vivos y muertos formarán mi ejército y mi pueblo. Y desde aquí, el poder del Mal se extenderá por todo el mundo, implacablemente. Lo que mi padre jamás logró, lo conseguiré yo, Jürgen Jorg… Es mi destino en el mundo de los hombres, y para él vine a la vida. ¡Yo venceré religiones, cultos y toda clase de convicciones humanas! ¡La fe se hará pedazos ante el poder de Satán!

Me asustó. Sabía que podía hacerlo. Lo que me intrigaba era el procedimiento. Pero el punto de origen había sido elegido: Scholberg. Desde allí, el satanismo cubriría el mundo. Las pasiones perversas, la corrupción, el vicio y el odio, lo invadirían todo. Podía presentir ese horrible mañana. Moví la cabeza, afirmando despacio.

—Le creo —murmuré—. Pero ¿cuál será el principio realmente, Jürgen Jorg?

—El principio existe ya. Se inició con las muñecas que son mi símbolo… Las gentes caen en trance o mueren. En ambos casos, a mi llamada se alzarán como miembros de mi pueblo infernal… Y lo arrollarán todo. ¡Fisher, aún es tiempo de que se vaya lejos de aquí!

—Pero si el azote se extiende, ¿qué más da caer aquí o en otro lugar del mundo? —Me encogí de hombros.

—Para mí y mi poder, no existe el tiempo. No hay prisa. Antes de que todo sea posesión de Satán, usted habrá dejado de existir, Allan Fisher… ¿No es una noticia confortante?

—No. Prefiero afrontarlo todo en vida —sonreí—. Me quedo, Jorg.

—Bien. Usted lo quiso. Lo lamentará eternamente… —se volvió, majestuoso, a Daría—. Querida, acompaña a nuestro huésped a la salida. Ya todo está hablado aquí.

Miré a Jorg una vez más, acaso la última en que departíamos casi como amigos. Una amistad semejante, siquiera por un minuto,

me hubiera costado el fuego purificador, en un proceso medieval por brujería o satanismo. Pero éste era el siglo XX, en una Europa invadida de turistas de todo el mundo.

—De todos modos, intentaré vencerle —le amenacé, casi ridículamente.

No le causó hilaridad, pese a lo que yo esperaba. Por el contrario, gravemente, afirmó despacio con su hermosa cabeza morena, de rostro pálido y aristocrático, para responder:

—Lo sé, Fisher. Lo sé, y lo espero. Por eso hubiera preferido que se marchase. Usted será mi peor enemigo en Scholberg. Lo presiento…

—Es fácil evitarlo —sonreí, desafiante—. Destrúyame. ¿Eso sería un problema para el Hijo del Mal?

Me estudió en silencio. Había una luz extraña y enigmática en sus ojos negros.

—No —dijo sorprendentemente—. No puedo destruirle. No aún. Es cuanto puedo decirle. ¡Váyase, Fisher…, y hasta nuestro encuentro supremo!

Caminé hacia la salida. Sus palabras rebotaban en los huecos ámbitos de mi cráneo, como una voz repetida por el eco:

«No puedo destruirle. No aún… *No puedo destruirle. No aún…*».

¿Qué había querido decir con eso? ¿Qué oculto significado tenía que yo fuese respetado por el hombre que se llamaba a sí mismo vástago de Satán, y heredero de su perversidad suprema?

Daria no iba a decirme nada. Su mano, cuando la oprimí, al salir, era fría y seca. Nada de fuego ni de llamas. Ni olor a azufre, ni sortilegios o rostros de súcubos danzando en torno nuestro. Todo tan normal, tan sencillo, que producía escalofríos.

—Buenas noches, Allan —me deseó ella.

—Adiós, Daria —respondí—. Lamento estar al lado opuesto…, pero no puedo evitarlo.

—Cada uno tiene su propio destino, Allan —comentó ella—. El suyo es ése. Nos veremos.

—Sí, de eso estoy seguro —admití, saliendo de la misteriosa casa en sombras.

Se cerró la puerta tras de mí. Pisé la nieve, aún más espesa y alta de nivel que antes. El modo de nevar era tan intenso, que no me sorprendió que, en pocas horas, ningún sendero alpino fuese ya

transitable en absoluto, y Scholberg quedara el domingo bloqueado.

El viento y el frío habían amainado algo. Me detuve, ya junto a la puerta del hotel. Vacilé. Luego, corrí calle arriba, regresando impetuosamente a la comisaría de policía.

* * *

—¿Jürgen Jorg? —El jefe de policía Schaab se levantó de su litera, soñoliento, y me miró, perplejo, tratando de ahuyentar el sueño de sí. Le tocaba servicio de guardia aquella noche. El retén de Scholberg era demasiado corto para que su jefe quedara libre de servicio, cuando menos un día a la semana—. Cielos, claro que está en su celda. ¿Dónde iba a estar, si no?

—Me gustaría saberlo a ciencia cierta —comenté, evasivo—. He visto correr a un hombre por la calle, y me pareció Jorg, por una descripción que me dieron. Tal vez escapó…

—¿Escapar? ¡Imposible! —rechazó vivamente Conrad Schaab, sacudiendo la cabeza—. Está bien cerrado abajo, y guardado por dos agentes de servicio.

—¿Está seguro…? ¿Completamente seguro, señor Schaab? —Dudé abiertamente.

Mis dudas le picaron. Mascullando imprecaciones, tomó unas llaves, y se encaminó hacia una puerta del fondo, ante la cual dormían en varias literas los demás agentes de servicio, al menos un número de seis u ocho. Era imposible salir por allí, sin despertar a alguno de ellos, sino a todos.

—Venga conmigo —invitó—. Lo verá con sus propios ojos, señor Fisher.

Le seguí, lleno de curiosidad. El jefe de policía abrió hasta dos cerraduras y un pesado cerrojo exterior. Tomó un revólver en una mano, y dio vuelta a la luz de un sótano, lóbrego y lleno de humedad.

Desde abajo, una voz restalló en seguida:

—¡Alto! ¿Quién es?

—Schaab en persona, Otto —replicó el policía—. ¿Sin novedad abajo?

—Ni la más mínima, señor. Gerd duerme. Yo vigilo.

—¿Y el preso?

—Creo que duerme, señor.

—Bien. Despiértelo un momento. Traigo un visitante extranjero.

—¿A estas horas, señor? —Se asombró el llamado Otto.

—¡Despiértelo, y no haga comentarios! —Se enfureció su superior, bajando los escalones delante de mí.

—Sí, sí, señor… —se apresuró a responder el agente, sin replicar de nuevo. Luego, oí su voz, llamando a alguien—: ¡Eh, tú, Jorg! ¡Despierta, haragán! Tienes visitas. Ilustres visitas… ¡Vamos, levanta de ahí o entraré con el látigo a hacerte poner en pie, quieras o no!

Los procedimientos democráticos de Scholberg, con los presos, no creo que estuviesen autorizados por la constitución liberal de Liechtenstein, pero allí sólo mandaba Schaab, y se hacía lo que él decía.

Hubo roces en una celda lóbrega y oscura, hacia la que el agente de servicio proyectó una potente lámpara eléctrica de ancho foco blanco, que reveló los gruesos barrotes, la sólida puerta de hierro, los muros de piedra, y la presencia de alguien, cuyas pálidas manos aferraron los barrotes.

Nos acercamos. Schaab habló al preso abruptamente:

—Escucha tú, monstruo. Te traigo a un visitante. Déjate ver el rostro una sola vez, y podrás seguir descansando.

Sin replicar nada, sin quejarse de aquel trato, sin un solo lamento, el preso se limitó a alzar el rostro y mirarnos a través de los barrotes. La luz reveló nítidamente su rostro.

Pálido rostro marmóreo, aristocrático, ojos negros, centelleantes, pelo oscuro, figura enlutada, altísima y enjuta…

—Buenas noches, Fisher —me saludó el preso con suave ironía —. *Le estaba esperando…*

CAPÍTULO VI

Estaba amaneciendo.

Me levanté del lecho y encendí un cigarrillo. Fumé, dando paseos por la habitación del hotel. No podía conciliar el sueño. Y cuando me dormía, era peor aún.

Tenía pesadillas.

Pesadillas en las que flotaba el rostro burlón del pálido y enlutado Jürgen Jorg, el hombre capaz de estar a la vez dentro de una férrea celda a prueba de evasiones, y en una casa del pueblo, completamente libre. El hombre que decía haber nacido descendiente directo del propio diablo…

Y con el rostro marmóreo de Jorg, la figura sensual, voluptuosa y difuminada, de Daria Degmark…

Y fondos llameantes, seres quemándose en la gran hoguera del Mal, el mundo entero poblado de rostros demoníacos y de blasfemos íncubos…

Desperté dos veces bañado en un frío sudor. Encendí un cigarrillo, paseé por la habitación, y me sentí algo mejor.

Aún recordaba la visita de aquella noche a la mazmorra, las palabras reveladoras de Jorg, que tanto habían sorprendido al jefe de policía Schaab, quien las atribuyó al poder magnético y telepático del preso.

Yo acepté en silencio esa teoría. Podría haberla hecho pedazos con una sola frase, pero no tenía interés alguno en revelar a nadie mi increíble entrevista con Jürgen Jorg en casa de la arrestada Daria Degmark, su amante, y cómplice en el robo de cadáveres.

Lo cierto es que Jorg seguía preso. Y Jorg estaba fuera también. Era, realmente, mucho más que un hombre. Me resistía a pensar que fuese quien decía, pero…, pero empezaba a tener ese oculto temor.

Tomé una aspirina, me mojé un poco con agua fría, y volví a

acostarme. Esta vez dormí algo mejor. Pero sólo hasta las diez de la mañana, aproximadamente, de aquel domingo sin oficio religioso ni campanas a gloria en la pequeña iglesia alpina.

Entonces, súbitamente, aquel horrible alarido, procedente de la calle, me arrancó de mi sueño reparador, con un brusco respingo de sobresalto y angustia.

* * *

A la angustia, siguió una verdadera sensación de terror.

Acaso el terror más vago, indefinible y atroz de todos: el que se siente hacia lo ignorado, lo que se desconoce… y sin embargo, se supone más horrible que la propia realidad.

Porque el grito agudo, desgarrado, escalofriante, se repitió de nuevo. Y esta vez a lo largo de la calle, ambulante, como lanzado por alguien que se moviese a la carrera frente al mismo hotel…

Caí de la cama, en pie sobre la alfombra, me precipité hacia la ventana, sin preocuparme de que sólo vestía un liviano pijama de algodón, y afuera hacía más de quince grados bajo cero, y caía una regular nevada, blanqueándolo todo cada vez más.

Abrí los postigos y me asomé.

Todavía recuerdo aquello, y me sacude la misma pavorosa sensación de horror que entonces. Como si el fin del mundo estuviera cerca. Como si los diabólicos acontecimientos inexorables, predichos por un hombre fantástico, llamado Jürgen Jorg, hubieran comenzado ya en implacable ritmo de angustia y de caos.

Era Hertha Lehman, la esposa del alcalde Ludwig. Era ella la que gritaba y corría de un lado a otro, como enloquecida. Y había muy poco en común entre la mujer demencial que yo contemplaba ahora desde el hotel, y la que viera la noche antes, en la hogareña paz de su hogar, rota de súbito por aquella fea muñeca de cera, colgada de la ventana…

Hertha, ahora, llevaba su cabello suelto, en desorden. Vestía solamente un camisón de dormir sobre su cuerpo aterido. Un largo camisón de nylon que, como un sudario extraño, flotaba en torno a sus enjutas piernas, mientras se movía por la nieve alba, densa y abundante, sin que nadie se atreviera a detenerla, a parar aquel

espectáculo realmente penoso y cruel.

Su rostro era una especie de mancha lívida, sus manos crispadas se elevaban al torvo cielo gris plomizo, del que descendía la copiosa nevada sobre Scholberg y los picachos alpinos.

Oí sus gritos desgarrados, capté al fin palabras coherentes, aunque incomprensibles:

—¡Dios sea loado! ¡Ellos dos, Señor…! ¡Ellos dos han caído de modo irremediable en poder de las influencias de las Tinieblas! ¡Apelo a vuestra conciencia de amigos, de ciudadanos, para que esto no prosiga, para que hagamos algo entre todos, pidiendo perdón a Dios por nuestros pecados…! ¡Han sido ellos, ellos dos…! ¡Cielos, dadme fuerzas para soportarlo!

Y sollozaba y gritaba, en una confusa mezcolanza de voces rotas, patéticas, que nadie parecía oír, despavoridos dentro de sus casas.

Me estremecí. De repente, era como si algo en el devenir de los tiempos se hubiese detenido para nosotros. O como dar un salto atrás en los siglos. Era como presenciar una escena en cualquier vieja aldea puritana, donde se invocasen siempre las fuerzas del Bien o del Mal, como único destino y guía de los humanos.

Y eso lo estaba haciendo Hertha Lehman, una mujer inteligente, equilibrada y culta…

Vi puertas y ventanas que se cerraban, justo como pudo suceder entonces en el ámbito de pesadilla de un Nathaniel Hawthorne en su *letra escarlata*… Con el mismo pánico sordo y supersticioso del mundo dantesco revivido por el americano Arthur Miller en sus *Brujas de Salem*…[5]

Y eso sucedía ahora, en pleno siglo XX, en la era nuclear, en la de los vuelos espaciales, la televisión en color y los *travellers checks* para los turistas… Eso sucedía en la Europa comunitaria que yo conocía, y que formaba parte de mi mundo de hoy. No, no podía entenderlo…

—¡Señora Lehman! —rugí con la mayor potencia posible de mi voz—. ¡Señora Lehman, reaccione, por el amor de Dios, y vuelva a su casa! ¡Señora Lehman, escúcheme!

No me escuchó. No me hizo caso. Me miró, sí. Como se mira, en pleno delirio o en un estado demencial, a alguien a quien uno no oye ni conoce. Y siguió deambulando por allí, en plena nevada, agitando sus cabellos y su camisón de nylon, como una aparición

llena de doloroso patetismo.

Corrí al interior del dormitorio. Me puse una chaqueta y el sobretodo. Fui escaleras abajo, salté a la calle nevada, sin hacer caso de la mirada de asombro del conserje del hotel. A zancadas, moviéndome dificultosamente entre la nieve, corrí en pos de la señora Lehman.

Ella se volvió, me vio. Y, haciendo la señal de la cruz, me gritó, aterrorizada, desorbitados los ojos en su pálido semblante, entre revoloteos de su desordenada melena:

—¡Protegedme, señor! ¡Protegedme de los espíritus malignos que me acosan…! —Pretendió así huir, alejarse de mí, como si el enviado de Satanás fuese yo, y no otro.

Pese a sus esfuerzos, caí sobre ella. La abofeteé sin contemplaciones, tirándola en la nieve, donde se revolcó, con un sollozo. Me incliné, la aferré por ambas manos, alzándola del helado lecho blanco donde yacía semidesnuda la infortunada dama, y la interpelé brutalmente:

—¡Señora Lehman, escúcheme! ¡Soy Allan Fisher, el ciudadano inglés a quien usted y su esposo tuvieron por invitado una noche! ¡No prosiga con esto! ¡Dese cuenta de que puede enfermar, y reaccione! ¡Vamos, reaccione, usted es una mujer valerosa y fuerte! ¡Serénese, por Dios mismo!

De repente, la pobre señora Lehman rompió en llanto, y se abrazó a mí, dejando caer la cabeza desgreñada sobre mi hombro.

—Fisher… ¡Oh, Fisher, perdóneme! —La escuché entre sollozos —. Es horrible… ¡Horrible! Si usted los viese… Si viese a los dos…

—¿A quiénes, señora Lehman? —Traté de apaciguarla.

—A… a mi hija Penelope… A mi esposo… ¡Cielos, no pudo suceder…!

—¿Dónde están ellos ahora?

—En… en casa…

—Bien, vamos allá —le exigí.

El terror volvió a ella, irreprimible. Noté sus espasmos entre mis brazos.

—¡No, no! —jadeó—. ¡Eso, no…!

—Vamos, señora Lehman. Usted va a volver a su casa…, y yo con usted.

Eso pareció confortarla un poco. Se dejó manejar dócilmente,

como una criatura en plena crisis. Fuimos a su casa. Y entonces comprendí su terror.

Entonces, yo mismo me enfrenté con la angustiosa realidad.

* * *

Era realmente horrible.

Les contemplé una vez más, profundamente pensativo. Recorrí con la mirada la habitación, y luego de nuevo el pendular siniestro de las dos muñecas de cera, colgadas de las vigas del artesonado típico de los edificios centroeuropeos, especialmente en regiones alpinas.

Dos muñecas feas y repugnantes, colgando de hilos rojos…

Y debajo, en sendos asientos, mirándose mutuamente sin verse, padre e hija.

El alcalde Ludwig Lehman y Penelope. Ambos en otro mundo, en trance auténtico. Como dos muñecos también. Como dos muertos o dos maniquíes.

Los ojos dilatados, muy abiertos, la faz rígida y demudada. Expresión vidriosa en sus pupilas, una total ausencia de vida y de inteligencia en su aspecto todo…

Me volví al doctor Krumm, tan perplejo como yo, tras recoger su instrumental. En un rincón, lloraba ahogadamente la pobre señora Lehman.

—Y bien, doctor —suspiré—. ¿Qué opina de esto?

—No sé qué opinar. Es como si estuvieran sometidos a hipnosis. Su mente parece vacía. No reaccionan. Sus nervios carecen de reflejos. Viven, pero como en una forma de vida puramente vegetativa, diría yo.

Asentí. Era lo mismo que estaba pensando. Encendí un cigarrillo, nervioso y preocupado. Estudié a padre e hija, próximos a mí, y tan lejanos como si los hubieran remitido a otra galaxia. Intencionadamente, mi fósforo cayó sobre la mano de Lehman. Mi cigarrillo rozó la epidermis pálida de Penelope junto a su oreja.

Nada.

Ni la más leve reacción. El doctor Oscar Krumm había advertido mi doble maniobra. Reveló asombro. Resopló, sacudiendo con

pesimismo la cabeza.

—Lo que dije, Fisher. Ausencia total de sensibilidad al dolor, o a cualquier otra sensación física. Y quizá también mental, no sé. No parecen vernos, oírnos o sentirnos. Ante esto, mi ciencia no sirve.

—¿Está sugiriendo que pertenecen los síntomas a… a *otra* ciencia?

—Tal vez —se encogió de hombros—. Les he aplicado dos inyecciones. No creo que surtan efecto. Son estimulantes cardíacos y emotivos. Pero es como pinchar a dos estatuas o dos de esas horribles muñecas…

Se estremeció, contemplando las dos figuras de cera suspendidas sobre las cabezas de los inmovilizados e insensibles miembros de la familia Lehman.

Furioso, arranqué las dos de cuajo. Las estrellé contra la pared, quebrando sus cabezas y cuerpos, que rodaron a trozos por el pavimento. Oscar Krumm me miró preocupado.

—No debió hacerlo —dijo—. Tal vez el señor Schaab quiera estudiar todo eso…

—¿Schaab? —Le miré, escéptico—. Donde la medicina no puede hacer nada, dudo que la policía y la máquina legal sean capaces de conseguirlo, doctor.

—Tal vez —él se encaminó a la calle, tras mirar a la señora Lehman—. ¿Qué piensa usted hacer ahora?

—Llevármelos a todos al hospital, imagino —hablé con énfasis —. Hertha también precisa cuidados.

—No se mueva. Enviaré un coche con enfermeros que le ayuden. Y hágame caso: no se meta en todo esto. Si puede, márchese de este lugar. Son las señales, Fisher…

—¿Señales? —Dudé—. ¿De qué, doctor?

—Del regreso del diablo. El retorno a la vida del siniestro barón Von Jorg. Está escrito así en las ruinas de su mansión…

* * *

El padre Geissen me contempló en silencio unos momentos. Luego, salió de la estancia, tras persignarse y trazar la señal del cristiano sobre los dos seres inmóviles. Ambos caminamos por el

corredor del hospital, en completo mutismo.

Su andar era aún débil e inseguro, pero su fortaleza física resultaba considerable. Salvo esa flojedad en los pasos, y la huella de la cuerda en el cuello, tenía un saludable aspecto, para hacer tan pocas horas que yo le descolgara de la campana mortal de su iglesia.

—Estoy de acuerdo con el doctor Krumm, amigo mío —convino, al fin, el religioso—. Todo sucede tal y como estaba predicho.

—Puede formar parte de alguna trama, de algún truco para asustarnos a todos —sugerí, nada convencido. Quizá yo, menos aún que nadie.

—Lo dudo mucho. Psíquica y clínicamente, esos dos seres están vivos. Pero ya ha visto su estado actual. Eso no se explica de modo científico con claridad.

—Tal vez sí —repliqué—: Hipnosis.

—¿Y las muñecas? ¿Y lo sucedido anoche en mi iglesia? ¿Y la cruz que cae sobre Lehman? ¿Y la inmovilidad que aún mantiene la señorita Von Walter, tras aparecer cerca del cementerio, con una muñeca de cera colgando de su cintura? —Sacudió la cabeza, con un gesto de cansancio—. No, señor Fisher. No todo se explica científicamente, por desgracia para nosotros.

—¿Qué quiere decir con eso? —Me detuve, mirándole fijamente, allí en medio del largo y destartalado corredor del hospital.

—Lo que ha oído, Fisher. La comunidad de Scholberg, dista mucho de ser perfecta. Si no me hubieran juzgado de visionario y de fanático, hubiera jurado, hace tiempo, que muchos de mis conciudadanos están… endemoniados. *Poseídos*, en suma, ¿comprende?

—Sí —afirmé—. Comprendo. Ellos… ellos colaborarían con el Mal, si éste reaparecía…

—Exacto. Me gusta que lo entienda así, sin llevarse las manos a la cabeza ni llamarme loco —miró su reloj cansadamente—. Vea, son ya las doce del mediodía. Me siento muy débil, pero hoy es domingo. El día del Señor. Voy a celebrar la misa, les guste o no a muchos. Si quiere venir a ella…, quizá se sienta mucho mejor, al menos espiritualmente. No me gustaría que este día transcurriese sin el sacrificio divino…

—Sí, le acompaño —asentí.

—Lo esperaba —sonrió—. Al menos, mantengamos firme y segura la casa del Señor. Le repito que va a sentirse más aliviado después, ocurra lo que ocurra, Fisher.

—Necesitaré ese alivio, padre Geissen —dije, trabajosamente, desviando los ojos—. Anoche… anoche vi a un discípulo del diablo.

—Lo sabía —suspiró sorprendentemente el religioso—. Sólo esperaba a que usted mismo lo admitiera así…

CAPÍTULO VII

Aún ahora, recuerdo ese domingo, con su oficio religioso del mediodía, puntual a pesar de todo… Con la campana llamando a los fieles, con el padre Geissen ataviado con su casulla, ante el altar. Con la custodia ante sí, y pronunciando la Palabra de Dios…

Y con apenas una docena de fieles salpicando los bancos de la desnuda iglesia.

Era doloroso para él. Y hasta para mí.

El pueblo eludía la misa. Eludía al padre Hans Geissen. Acaso quería eludir también a Dios. Sentí un indefinible terror interno. Aquello era malo. Muy malo, dadas las circunstancias.

El Mal estaba demasiado enraizado ya. La gente tenía miedo. O desprecio. O ira. Lo mismo daban sus sentimientos. No acudieron a la llamada del párroco. No intentaron luchar siquiera contra lo que se nos venía encima.

Entonces comprendí que Jürgen Jorg iba a ganar su batalla. Su tenebrosa e increíble batalla, desde las sombras. Estaba empezando a ganarla, en realidad.

Ya, ni siquiera se fingía. Ni siquiera se apelaba a falsos puritanismos medievales, como pretexto para combatir al Mal. Ya no se cazaban brujas. No se perseguía ni acusaba a posesos. Por el contrario: la gente parecía querer estar poseída. Era la cobardía, la rendición de una comunidad entera a lo que aceptaban como poder ya triunfante.

Era la deserción del pueblo del Señor, como dijo entrecortadamente, muy pálido pero sereno, el padre Geissen, en su sermón dominical. Y aquella escasa docena de fieles, tan pálidos como él, escucharon en silencio. Como asistieron en silencio, con fervor medroso, estremecido, a la misa misma.

Resultaba doloroso ver más miedo que fe, más pánico que amor, en los asistentes al oficio dominical. A veces, un ramalazo helado

recorría la iglesia vacía. Y yo sabía que no era sólo la nieve ni la ventisca. El hielo, el frío, estaba ya en nosotros mismos…

Ayudé al padre Geissen, ya en la sacristía. La iglesia, salvo nosotros dos, estaba desierta por completo. Nos miramos en silencio. Ante nosotros, el crucifijo en el muro era el único testigo.

—Empiezo a sentir miedo —dije.

—Sí —sonrió tristemente—. Yo también.

—Miedo por mí mismo…, y por los demás.

—Las fuerzas se han debilitado. Casi nadie quiere resistir ya. Eso es lo que sucede.

—Yo aún resisto, padre. Como usted mismo.

—Lo sé. He venido observándole. El simple hecho de que hablara con… con el enemigo, amistosamente, es un indicio de fuerza, de resistencia. Ocurre algo para que él no quiera o no pueda dañarle inmediatamente.

—Me pidió que me marchara. Me negué. Aseguró que pronto quedaríamos bloqueados, aislados del mundo…

—Aislados… —se estremeció—. Dios mío, es lo que más temo. La gente, cuando se sepa al margen del resto de los pueblos… ¿qué hará?

—Nadie lo sabe —convine. Le miré, reflexivo—. Padre, no me ha dicho aún cómo supo que yo… que yo había hablado anoche con…

—Son cosas que uno sabe. Como él sabría otras —sus ojos centellearon—. Es un choque de fuerzas antagónicas. Ambos presentimos las cosas. Pero él sabe que yo soy el más débil en este momento. Pretendieron matarme, porque después de muerto será mi cuerpo el que manejen con su poder diabólico. Y harán de mí otro poseso.

—Es horrible hablar de todo eso, sin saber siquiera qué hacer para evitarlo… —musité ahogadamente, dando pasos de tigre enjaulado por la sacristía—. Padre Geissen, ¿qué solución le ve a este horror?

—Tal vez ninguna —murmuró tristemente. De pronto, alzó la cabeza, escuchó, igual que yo—. ¿Lo ve? Ninguna, amigo Fisher… Algo está sucediendo fuera de estos muros. Sólo Dios sabe lo que ello pueda ser ahora…

Le miré, preocupado. Luego, di media vuelta y me lancé a la

carrera, en busca de la salida.

En la calle, en alguna parte de Scholberg, el pueblo maldito, sonaban voces, como extraños cánticos demoníacos, que nada tenían que ver con salmos ni plegarias…

* * *

Me detuve, horrorizado, en la puerta misma de la iglesia. Los cabellos se me erizaron ostensiblemente.

Mis ojos, sin dar crédito a lo que veían, presenciaron la escena. Como dijera el padre Geissen, con justificado pesimismo, tal vez no había ya ninguna solución a aquel horror…

Seguía con la mirada trémula la marcha de aquellos seres de pesadilla, por el centro de la calle nevada, impertérritos bajo los copos blancos que descendían del cielo hostil. Deambulando ante las miradas de pavor de las personas encerradas en sus casas, trémulas y sobrecogidas.

Reconocí perfectamente a Ludwig Lehman, el alcalde. A Penelope, su hija, caminando rígida junto a él. A una dama de blancos cabellos, sin duda, Ilona von Walter… Y también formaba parte de la comitiva lúgubre el regordete y calvo Conrad Schaab, jefe de la policía de Scholberg.

Y el señor Brunnmaier, vendedor de muñecas diabólicas de cera…

Y los enfermeros del hospital. ¡Y el doctor Oscar Krumm, canoso y apacible, ahora extrañamente transfigurado en un autómata de ojos dilatados, por cuya boca brotaban cánticos obscenos, sucios y crueles, como letanías y repugnantes en labios de dementes!

Todos, todos ellos… ¡venían hacia mí! Hacia la iglesia…

En sus manos portaban muñecas de cera. Feas y rojizas muñecas de cera de piel amarillenta, que arrojaron con palabras blasfemas contra el muro gris del templo alpino, pequeño y bello.

La cera golpeó la piedra, se quebró en trozos. Como niñas decapitadas, rodaron por la nieve, junto a mis pies. Una me dio un golpe en el rostro, antes de caer y quebrarse en trozos, soltando sus piernas amarillas a ambos lados.

Después…, después vi a los niños.

Y mi terror creció de grado.

Creo que nunca he sentido más pánico que de unos simples niños. La imagen misma de la inocencia de los humanos, era ahora el símbolo nefasto del terror y de la perversión.

Niñas y niños, ninguno menor de cuatro años, ninguno mayor de diez, se movían en hileras, canturreando raras letanías, cánticos extraños… Todos ellos rígidos, todos ellos erguidos como maniquíes, como autómatas. Todos ellos sin pestañear, sin sentir, sin reflejar emoción alguna, salvo la mueca perversa de una maldad sin límites.

Debían estar todos los niños del pueblo en aquella dantesca procesión. Como en una versión nueva y delirante del Flautista de Hamelin, todos los niños pertenecían ahora a las fuerzas de las Tinieblas. Todos eran posesos, siguiendo la música de la invisible y sucia flauta del Fauno diabólico.

Se había roto algo hermoso en el equilibrio humano. Se había borrado la inocencia que simbolizaban los niños. Se estaba haciendo de ellos monstruos procesionales de una bárbara y soez ceremonia, de una liturgia horrenda e inconcebible, al servicio de las fuerzas maléficas.

Miré atrás. En el umbral, en la puerta entreabierta del templo, descubrí la faz pálida, desolada, del padre Geissen. Me miró con angustia, con desolación.

—Dios mío, Fisher. Las cosas se precipitan —le oí decir—. Me pregunto…, me pregunto qué va a suceder cuando llegue la noche… ¿Sabe que ya no hay luz en la sacristía? Ha debido cortarse el suministro de energía eléctrica a Scholberg…

—Cuando llegue la noche… —repetí, tembloroso—. Ya ha llegado, padre Geissen, Ya ha llegado la más oscura de las noches…

Y con un valor increíble, rayano en el suicidio temerario, en vez de volver a la iglesia, al amparo de sus muros, que los seres autómatas de la calle eludían cuidadosamente… me moví hacia ellos. Hacia todos ellos.

Yo solo, avancé hacia la procesión demoníaca de posesos adultos e infantiles. El padre Geissen, allá atrás, me dijo algo que fingí no oír:

—Dios le ayude, Fisher… Si cuando vuelva a verle es otro de *ellos*…, sabré que ya todo es inútil, que nada puede esperarse…

* * *

Llegué al hotel. Estaba vacío. Muchas casas estaban vacías también. La tienda de ceras estaba abierta. Resistí la tentación de incendiarla, porque ella, en sí, nada significaba. Y el fuego purificador, quizá no lo fuese tanto ante fuerzas que procedían de ese mismo fuego devorador…

Había triunfado en la primera prueba audaz, desafiante. No sabía por qué, pero había salido vencedor de ella. Creo que cuando la inicié, ya estaba persuadido de ello.

Como dijera el padre Geissen, algo raro sucedía conmigo. El diablo no quería o no podía causarme mal. No, todavía. Es lo que había dicho, la noche anterior, Jürgen Jorg.

Acababa de comprobarlo. Me abrí paso entre aquellos monigotes humanos, de vocabulario sucio y ademanes enloquecidos, que eran ahora los habitantes más respetables de la población. Aparté a niños de mirada extraviada y sonrisa maligna, que pronunciaban palabras ocultas, puestas en sus labios por no sé qué poder nefasto y terrible.

Y nadie, absolutamente nadie, trató de cerrarme el paso, de enfrentarse a mí, de atacarme o de mofarse de mi persona.

Sin embargo, ahora, reflexionando sobre ello, recordaba que había sentido miedo. Más aún: verdadero pánico.

Pánico indescriptible, casi animal, al deambular entre aquellas personas que ya ni parecían humanas. Al rozar la fría piel de gentes empapadas de humedad, de nieve derretida, rígidas como cadáveres en movimiento. Al empujar, al verme rodeado de cuerpos tan hostiles y diferentes a mí como unos invasores de otro mundo.

Fue como verme cercado de viscosos monstruos insensibles, de una fuerza demoledora y atroz, capaz de arrollarlo todo a su paso. Capaz de acabar conmigo en un instante, de hacerme seguir un destino pavoroso, puesto que yo no era, al parecer, igual que todos ellos.

Por fortuna, ese momento de humana debilidad, de miedo latente, había pasado. Las gentes posesas quedaban atrás, deambulando con su dantesca indiferencia y sus cantos blasfemos por la calle principal de Scholberg.

Me metí en el hotel, que me pareció inextricablemente vacío, como abandonado por los seres normales. Pulsé un timbre, y no

sonó. Me había olvidado de que ya no había luz eléctrica. Sentí un estremecimiento.

Continuar allí durante la noche, una noche sin luz eléctrica en calles y edificios, parecía algo superior a mis fuerzas. Y. sin embargo, ya era tarde para irse. Ya era tarde para todo. Estaba seguro de que la nevada lo bloqueaba todo, en torno al pueblo.

Caminé hacia el bar del hotel. Ni camareros, ni clientes, ni servidores. Nadie.

El éxodo era total. O la gente se ocultaba, presa de un terror supersticioso…, o todos se iban uniendo a la comitiva dantesca del exterior. A la masa de posesos ganada ya por Jürgen Jorg.

Me serví un doble *brandy*, que apuré de un trago. Respiré hondo. No quería embriagarme. Pero necesitaba algo de calor, y no sólo contra la nieve y el frío del clima.

Ingerí otra generosa dosis del buen *brandy*, y me sentí más entonado, aunque igualmente agitado por mil temores indefinibles, por mil angustias imposibles de calmar.

—¿De modo que ha preferido quedarse?

Me volví. No me sorprendió verla allí. Alta, solemne, moviendo su falda púrpura en torno a las largas piernas. Con su cabello negro lacado, con su mirada negra y centelleante, en el óvalo pálido de su rostro.

En pie, a la puerta del bar, era como una visión incongruente y anacrónica. No. Daria Degmark no encajaba en este momento, en este mundo, en este siglo. Era como una íncuba llegada de remotos tiempos. Como un espíritu infernal redivivo. Ella sonreía, como si captara mis pensamientos. Y sin duda, eso es lo que hacía al mirarme.

—Sí —dije secamente—. He preferido quedarme.

—Hizo mal, Allan. Ya no hay caminos accesibles. Estamos aislados del mundo exterior. Tampoco hay luz. Ni teléfonos. No tiene a quién pedir ayuda, a quién informar de lo que sucede o sucederá en Scholberg…

—¿Serviría de algo que pudiera hacerlo? —Dudé, encogiéndome de hombros.

—No, supongo que no —sonrió ella fríamente—. Ha llegado la hora. Nuestra hora, Allan. No va a ser agradable la experiencia que vivirá.

—¿A qué esperan para hacerme también uno de *ellos*? —indagué. Señalé en torno—. Parece que todos abandonaron ya su mundo habitual.

—No, no todos. Pero falta poco para eso. Hoy, a la medianoche, Scholberg será una orgía. Correrá la sangre, en sacrificio de gratitud al poder de las Tinieblas, al padre de Jürgen. Sangre que todos beberán felices y radiantes…

—¿También yo? —la desafié.

—No sé, Allan —me estudió con repentina seriedad—. No lo sé, y eso es lo único que me preocupa.

—Pero por todos los diablos de vuestro maldito infierno —mascullé, furioso—. ¿Qué tengo yo que no tengan los demás? ¿Qué me diferencia de todos los restantes seres vivientes de este lugar?

Daria dio media vuelta, encaminándose a la salida de nuevo. Vi su gesto extraño, histérico. Oí su voz en un murmullo que se alejaba de mí:

—Si se lo dijera, Allan… no podría creerlo.

Volvía a estar solo. Necesitaba otro *brandy*. Lo tomé. Para emborracharme en esos momentos, creo que hubiera necesitado una barrica entera.

Afuera, en la calle, hubo un repentino clamor triunfal. Cánticos agudos e hirientes alcanzaron mis oídos. Auténticos alaridos de fieras radiantes, en un festín sangrante, penetraron hasta el último reducto del abandonado hotel.

Me encaminé a una vidriera asomada a la calle. Miré por ella, impávido, familiarizándome ya con el ambiente de pesadilla que me rodeaba. Lo que vi, me hizo pestañear de horror.

—Cielos, no —musité—. Ya llega la violencia física directa. El Mal se desata en ferocidad y afán de muerte y destrucción…

Tres agentes uniformados, en la entrada de la comisaría local, estaban siendo linchados por aquella multitud de autómatas que eran los habitantes de Scholberg. Otros agentes, rígidos, de vidriosa mirada, se habían unido a la legión de muertos vivientes que eran los posesos de Scholberg. Entre todos, machacaban ahora las cabezas de los policías, contra el muro de piedra o la nieve helada y endurecida de algunos puntos, como si fuesen sus cráneos huevos rotos o frutos maduros.

Cerré los ojos. La gente aclamaba, en la nieve salpicada de rojo

sanguinolento, la aparición de su jefe en la puerta de la comisaría, liberado por sus fieles. Él pudo haberse librado solo, como yo sabía. Pero optó por aquello. Era la demostración de que los poseídos de Scholberg formaban ya su leal ejército. Que todos habían entregado su voluntad y, quizá, su propia alma, al poder de las Tinieblas.

Jürgen Jorg estaba libre, y saludaba a sus agentes endemoniados.

Me retiré del ventanal. Siempre he sido un hombre firme, entero, dueño de mí mismo.

Sin embargo, en ese momento, vomité con violencia sobre el alfombrado suelo del hotel, presa de unas náuseas irresistibles.

CAPÍTULO VIII

No me había sido posible dormir.

Ni a pesar del alcohol ingerido, ni encerrándome en una habitación del hotel, tapando todos los huecos, para no oír.

El griterío, allá fuera, era ensordecedor por momentos. El aquelarre, en pleno domingo, alcanzaba su paroxismo. O eso pensaba yo entonces. Lo cierto es que di vueltas en el lecho, durante aquella tarde.

Y cuando me di por vencido y me levanté, jurando entre dientes, me dolía fuertemente la cabeza. Recurrí de nuevo al bar de abajo, descendiendo ya por un corredor y unas escaleras casi en sombras.

El anochecer caía pronto cuando el cielo estaba tan negro y cerrado, y el clima tan invernal. Eran las cinco de la tarde, y sólo en diez o quince minutos se cerraría la noche sobre el pueblo maldito. La idea me aterró.

Probé cuantas luces aparecieron ante mí. Ninguna respondió. No había luz, ni teléfonos. Encontré una lámpara eléctrica, con pilas algo gastadas, en la conserjería del hotel, y la guardé en mi bolsillo. También había un revólver en la gerencia, y lo conservé conmigo, aunque dudaba mucho que un arma de fuego sirviera de nada, ante cierta clase de cosas.

En el bar, tomé unas tabletas de calmante, con una botella de soda, y me sentí algo mejor. Luego, me aventuré en las cocinas del hotel. Unos emparedados me bastarían para soportar unas horas sin apetito. No tenía mucho, pero ni siquiera había desayunado o almorzado, en aquel dantesco día que estaba muriendo tras los picachos de los Naafkops.

Encontré queso y jamón dulce en un frigorífico. Tomé pan inglés, me hice dos emparedados, y los ingerí con una botella mediana de leche. Eso me reconfortó más aún que el *brandy* de la tarde.

Recordar los sucesos callejeros de antes, me hizo sufrir un vuelco en el estómago, nuevamente acosado por las náuseas. Traté de olvidar. Pero en las vidrieras, ya grisáceas y sombrías, del hotel en que ahora era solitario amo y señor, vi fulgores anaranjados, bailoteando al lado opuesto.

No salí al exterior. Me limité a asomarme, para saber qué sucedía.

Había dejado de nevar. El frío era intenso, pero a la gente desnuda o semidesnuda que deambulaba por las calles como lo podrían hacer los locos al servicio del Marqués de Sade en el manicomio de Charenton, parecía no importarle demasiado eso. Recordé su total ausencia de sensaciones, de dolores y de sentimientos. Eran máquinas. Monigotes. Monstruos insensibles, movidos por una diabólica voluntad ajena, como un ejército de robots de carne y hueso.

Había antorchas ardiendo en algunos puntos. Maderos encendidos en las manos de alguno de aquellos dementes poseídos por Satanás. Paseaban con ellos arriba y abajo, como en una informal procesión de peregrinos y penitentes.

Todo era dantesco ya en Scholberg. Cualquier semejanza con la realidad de los hombres hubiera resultado completamente casual y sorprendente. Aquello era el propio infierno, imaginado por Dante. Era el aquelarre hecho pueblo, calles, vida cotidiana.

La sangre continuaba allí, como un estigma escarlata. Como una acusación desgarradora de lo que el ser humano puede llegar a hacer, aun siendo niño, cuando su mente actúa movida por el Mal.

Había habido más muertes. Descubrí a una muchacha linchada cerca de la iglesia, tal vez cuando iba en busca de refugio a la casa de Dios. Su cuerpo había sido también fuente de juegos macabros para los niños endemoniados.

—¿No va a salir, Allan Fisher?

Le miré. No había advertido su presencia, allá, tras una llameante antorcha sostenida por una Hertha Lehman desgreñada y posesa, de mirada vidriosa y cuerpo aterido, entre jirones de ropas sangrantes. «También ella», pensé con tristeza.

—No, Jorg —le dije al joven altísimo, enlutado, pálido y sereno, que caminaba por la calle como un auténtico Príncipe de la Oscuridad, recreándose en su obra—. No hay nada ahí afuera que

me seduzca particularmente. Todo eso es monstruoso.

—Así son las gentes, cuando dejan de ser lo que siempre fueron. Ahora no hay en ellos prejuicios, hipocresías ni falsos convencionalismos. Sus mentes están detenidas. Sólo obedecen a los instintos que hay en cada uno de nosotros, porque así lo dispuse yo. Son fieras crueles y despiadadas, Fisher. Pueden destruirlo todo. Incluso destruirse a sí mismos, en su demencia.

—¿Y ésa es la obra que quiere extender por el mundo? —dije, desdeñoso—. ¿Es el legado que recibió de su padre endemoniado?

—Durante siglos, durante milenios, se esperó este momento. El mundo está a punto, madurado para aceptar nuestros postulados. Ellos obedecen. Ceden ciegamente, porque perdieron lo poco que podía mantenerles unidos y fuertes: su fe. Fe en sí mismos, en los demás, en algo superior que rige sus destinos desde que el mundo es mundo. Rechazaron eso. Bien. Tienen lo que merecen. Esto es lo que ellos eligieron.

Jürgen Jorg hablaba con frialdad, convencido de que cuanto decía era cierto. Tenía demasiado poder, demasiada confianza para equivocarse. Sabía que era el vencedor. Y disfrutaba con ello.

Le contemplé desde el ventanal del hotel, pensativo.

Algo seguía atormentándome en el fondo de mi cerebro. Algo que yo no lograba entender aún.

—Antes se lo pregunté a Daria —dije roncamente—. Ahora, le repito a usted la misma pregunta, Jorg: ¿Por qué a mí no me sucede nada? ¿Por qué no me ha unido todavía a esa legión de monstruos humanos que le sirven fielmente en su aquelarre?

Jorg sonrió tristemente, extrañamente. Me miraba con intensidad. Sus ojos negros, reflejando la luz de las antorchas como lo harían los caparazones de dos escarabajos, tenían algo de sobrenatural, que aterraba.

—Ella ya se lo dijo. Yo se lo repito —sentenció—. No podría creerlo, Fisher…

Y dio media vuelta, como airado, alejándose del hotel y de mí, seguido siempre por una cohorte de fieles automatizados, de muñecos humanos, emitiendo largos lamentos y cánticos obscenos.

Me quedé perplejo. Era la segunda vez que me decían lo mismo. No lo entendía. Pero allí estaba yo. Resistiendo en pie. Dueño de mi propia mente. Extraño entre extraños. Mi situación me hacía

recordar, aunque diferente, al héroe de Matheson, al último hombre sobre la tierra…, el único que no era vampiro entre los vampiros.[6]

Claro que esto no era el fin del mundo, aunque se le parecía mucho. Era sólo el principio del fin, entre los límites pueblerinos de un pequeño lugar perdido en los Alpes Réticos, allá en el diminuto Principado de Liechtenstein.

Era el foco de purulencia, de infección satánica, que se extendería finalmente por todo el mundo, con el poder de Jürgen Jorg y de su fiel Daria a la cabeza. Ellos, los Hijos del Diablo…

Por un momento, pasó por mi mente una idea alocada, absurda. ¿Y si todo eso no fuese cierto? ¿Y si obedeciese simplemente al poder taumatúrgico y psíquico, mental e hipnótico, de dos grandes farsantes, capaces de transformar a una comunidad de seres humanos en una jauría de bestias feroces y sanguinarias, fieles a sus principios de satanismo? ¿Y si mi mente, mi voluntad, poseían algo que ellos no podían dominar a su antojo?

Esa era la vertiente verosímil de los hechos. Ellos podían ser dos fabulosos embusteros, con un poder magnético y dominante sobre los demás seres… Pero ¿eso lo explicaría todo? Esa era mi gran duda.

Jorg se presentaba a sí mismo como hijo auténtico de Satán. Algo, en el clima obsesionante de Scholberg, me había hecho aceptar aquello como una verdad. Predijo cosas que podían tener perfectamente previstas, como era la ausencia de luz, el bloqueo de carreteras… No hacía falta ser el diablo para predecir cosas así.

¿Dónde empezaba la mentira y terminaba la verdad? ¿Dónde se fundían realidad y fantasía?

Mi mente era un perfecto caos, una total confusión. Por vez primera, dudaba. Pero era incapaz de hallarle explicación a todo.

Recordé lo que habían mencionado algunos, la noche antes: la iglesia se elevaba sobre las ruinas de la vieja mansión del barón Von Jorg. Allí había inscripciones proféticas y cosas así…

Tal vez el padre Geissen y yo, los únicos que no estábamos dominados por el poder satánico en aquel lugar, pudiéramos encontrar la verdad, descubrir si, realmente, éramos víctimas de las fuerzas del Mal, o sólo del poder de un farsante genial…

Me decidí. No sé cómo, me decidí, a pesar de la nauseabunda apariencia de las calles ensangrentadas. A pesar de las antorchas y

de los posesos deambulando en constante confusión. A pesar de las escenas primarias que se desarrollaban, repulsivas, ante mí. A pesar de los instintos desatados de hombres y mujeres, en una orgía involuntaria y terrible.

A pesar de Jürgen Jorg y de la noche…, salí a la calle.

Y caminé con paso firme hacia la iglesia.

—Ven, amor, ven… —me pidió obscenamente una hermosa desconocida, tendiéndome los brazos complacientes.

—Detente, Fisher. Te espero… —jadeó, lasciva, una joven Penelope Lehman, semidesnuda y de mirada fija y vidriosa, ofreciéndose a mi paso—. Ven conmigo y olvida todo…

Cerré los ojos y oídos a toda tentación. Seguí adelante.

De modo que ahora llegaba eso. Los instintos exacerbados, excitados. La lucha contra las debilidades del hombre. La pugna contra mí, dirigida por la mente maligna de Jürgen Jorg, utilizando la más elemental de las pasiones humanas, aquélla a la que el hombre opone menos resistencia…

Otras mujeres se me ofrecían o me rodeaban con brazos helados, como difuntas ambulantes. Las rechacé a todas. Corrí hacia la iglesia, perseguido por la carcajada burlona y prolongada del joven Jorg.

Cuando alcancé la puerta de la iglesia, comprobé que estaba abierta. Sólo entornada, sin asegurar. El padre Geissen dejaba paso franco a todos. La casa de Dios esperaba a las criaturas que confiaran solamente en Él para ser fuertes…

—Padre Geissen… —musité—. Padre…

Me detuve, aterrado, al llegar ante el altar mayor del templo. Esta vez, había llegado tarde. Demasiado tarde.

El padre Hans Geissen estaba muerto. Muerto al pie de los escalones del altar. Ante la cruz.

* * *

Esto era todo lo que podía hacer ya por él.

Reposaba su cuerpo en un banco de la sacristía, cubierto por una tela blanca. Me aparté, contemplando al único hombre en quien había confiado como un salvador, entre nosotros, los humanos de

aquella pequeña población desolada.

Y ahora estaba muerto.

Me sorprendía que el Mal hubiera podido entrar en aquel recinto y alcanzarle. Claro que ya una vez intentaron estrangularle, ahorcarle, pero ésa había sido una acción física, puramente agresiva. Y esto de ahora, ni siquiera sabía lo que era. Murió como fulminado. Sin señales de violencia.

Abandoné la sacristía, desmoralizado por completo. Entonces vi la puertecilla abierta, allá atrás. Por ella entraba el frío cierzo de la noche. La oscuridad, afuera, era total. Solamente las velas de la iglesia despedían una luz dorada, penumbrosa, donde se adivinaban los contornos de las cosas, en un juego de claridad y sombra casi fantasmales.

Vi huellas de agua en el suelo. Nieve derretida, barro.

Y pisadas. Recordé que, al recoger el cadáver del padre Geissen, me sorprendió encontrar mojados sus zapatos.

—De modo que es eso… —susurré—. Cometió la imprudencia de salir. Por esa puerta trasera. La muerte diabólica le sorprendió afuera. El poder de Jürgen Jorg le mató…, pero aun así, sintiéndose morir, tuvo fuerzas para volver y perecer al pie del altar, ante su Dios, en quien fiaba. Al que, quizá, pidió por todos nosotros, en su último momento…

Extraje la lámpara eléctrica de mi bolsillo. Me aventuré en la negrura de la noche, en el frío exterior. Sentía miedo, a pesar de que *todavía* existía algo misterioso que me protegía…

Pisé el exterior, sobre la crujiente nieve, que con su albura daba cierta luminosidad al lugar. Me encontré en una especie de viejo huerto o jardín con porche. Afuera, entre la nieve, muñones de piedra, muros derruidos, un arco medio abatido, una verja de hierro oxidada, a medio caer…

La lámpara reveló, con su cerco de luz, una gran piedra grabada con un escudo de baronía. Me estremecí ante aquellas ruinas conservadas dentro del recinto de la iglesia, en su patio posterior.

—La mansión del barón Von Jorg… —musité—. La casa del diablo…

Mi luz recorrió las piedras. Se detuvo en una vieja inscripción en latín, que traduje, lentamente, tras borrar la nieve de su superficie a manotazos:

… Y siempre que exista una sola piedra de esta mi casa señorial, siempre existirá un Jorg que herede mi poder y el de mi padre. Así un día, en estas mismas ruinas, el Mal se hará presente por mandato mío.

Y mis hijos, Jürgen y Ewa, los hijos del hombre que nació de las Tinieblas, harán mi obra.

Y la harán bien.

* * *

—Jürgen y Ewa… —susurré, estremecido—. Cielos. Son *dos* los hijos del barón que nació de familia demoníaca… Hijos, o tataranietos, por supuesto. Es puro simbolismo… Las generaciones no cuentan… Deben ser ellos dos. Ellos… Jürgen…, y Daria es Ewa.

En ese momento, como una invocación, apenas musité esas palabras, unos brazos fríos rodearon mi cuello, unos labios helados se pegaron a los míos, y un cuerpo de mujer, gélido y fantasmal, se apretó contra mí, surgiendo de las sombras.

Musitó en mi oído, mientras mis cabellos se erizaban, y perdía la lámpara eléctrica, que rodó por la oscuridad, por la nieve y las ruinas antiguas:

—Querido… Al fin te encontré…

Me besó. Era como el beso helado de la misma Muerte.

Y mis cabellos jamás se erizaron más que entonces en mi fría, estremecida piel.

CAPÍTULO IX

—¡Aparta! —rugí, exasperado—. ¡Aparta!

Y de un violento empellón, separé de mí el cuerpo turgente y sensual, estremecido y gozoso, que me conducía a la tentación y, quizá, al negro abismo de la perdición final.

—Pero…, pero Allan… —musitó una voz en la sombra—. ¿Por qué esto? ¿Es que no me reconoces?

Aquella voz…

Me eché atrás, busqué la linterna en el suelo, entre la nieve removida. Mi mente era una pura confusión. La mujer misteriosa, permanecía erguida ante mí, en las sombras. No me era posible captar su rostro, pero sí su respiración jadeante, entrecortada.

Logré, al fin, localizar mi lámpara. La alcé, proyectando la luz sobre su rostro.

—¡Dios sea loado! —exclamé, atónito—. ¡Tú aquí!

—Allan, ¿qué es lo que sucede en este lugar? Tengo miedo, mucho miedo… Estoy oculta aquí desde antes del mediodía…

Era la muchacha del autostop en Suiza.

Era la bonita austríaca Monika Werner, mi compañera de viaje hasta Vaduz, en Liechtenstein. La damita de la minifalda, las piernas atractivas, los ojos verdes.

* * *

Escuchó todo, en silencio.

Había sido breve, forzosamente breve. No quería extenderme demasiado. Ella parecía entender ya. Sus enormes ojos verdes me contemplaban, fascinados. Estaba pálida y muy impresionada. Nunca me había parecido más atractiva, pese a que ahora ya no lucía breve falda, sino pantalón negro, de lana, y un grueso jersey

sobre sus formas llamativas.

Encerrados allí, entre las velas encendidas de la iglesia, me sentía seguro. Y también creía que ella lo estaba. Ahora volvíamos a ser dos en compañía. Dos no endemoniados ni contaminados por el horror de allá afuera.

Quizá mientras permaneciéramos dentro del templo, no habría nada que temer de Jürgen Jorg. Aunque aquellas ruinas allí dentro, con su inscripción premonitoria, con su augurio sombrío, que iba cumpliéndose implacablemente en estos momentos…

Tras mi relato, Monika, la joven austríaca, reveló sus temores en voz alta:

—Lo cierto es que estaba deseando encontrarme otra vez contigo. Me gustaste, Allan —me miró, risueña—. ¿Te das cuenta? Me gustaste, sí, lo confieso. Te eché de menos. Fui a Triesen, y ya no estabas allí. Me acordé del tercer lugar, Scholberg…, y me decidí. Ha sido un duro viaje, con esa nevada… Y al llegar, me encuentro con cosas extrañas… Veo gentes como enloquecidas, oigo cánticos horribles… Me refugié aquí, asustada. No me fiaba ni siquiera del sacerdote, a quien vi deambular por el huerto varias veces…

—Monika, esto ha sido una locura —la miré con simpatía. Era una de esas muchachas que parecían seguir siempre sus impulsos repentinos. Como al besarme allá afuera. Aunque tal vez en eso intervino también su terror. Estaba muy asustada. Tanto, que incluso me trataba con mucha más familiaridad, como si me conociera de toda la vida.

Como si ella y yo fuéramos algo más que simples compañeros de un corto viaje en común.

—Lo sé, Allan —admitió la trotamundos con leve jovialidad, ya recuperada—. Sé que me he metido en un buen lío, pero ¿quién podía imaginar cosas así? Esto es horrible, es inaudito… Nunca oí nada parecido. ¿Tanto mal nos merecemos, tan perversos somos los actuales seres humanos, para habernos ganado esta condenación?

—Creo que hubiera ocurrido de igual manera. Pensé si sería una simple farsa, pero cobra demasiada fuerza para ser sólo eso. Hay más. Algo más, quizá mucho más. Von Jorg no fue el diablo, pero creía serlo. Entonces, en su época, eran frecuentes. Ahora, su descendiente directo, Jürgen Jorg heredó sus poderes nefastos, y los

pone a contribución del Mal. E incluso hay una mujer, una auténtica discípula de Satanás, una hija suya en lo maligno… Ewa Jorg. Se hace llamar Daría, pero es Ewa, la que cita la premonición inscrita ahí por el barón Jonathan von Jorg…

—¿Recuerdas lo que te dije? Entonces pensaba que eran sólo fantasías, leyendas…, pero todo el mundo afirmaba en Austria que aquí, en Scholberg… vivió una vez el diablo. Y era cierto. O casi cierto…

—Ahora son muchos los diablos que viven en Scholberg. Cada hombre, cada mujer, cada niño, es uno más. Han entregado su alma, su cuerpo y su mente al Mal. Les han sido arrebatados, mejor dicho, contra su voluntad. Unos lucharon contra ese poder. Otros, cedieron. Algunos, incluso cooperaron para que sucediese, y esperaban la posesión satánica… Estas cosas resultan horribles y monstruosas, en nuestros días. Pero ha sucedido, Monika. Y es sólo el principio…

Se miraron en silencio, en la quietud acogedora del templo. Monika apretó su mano con calor. Le susurró suavemente:

—Y ahora… ¿qué piensas hacer, Allan?

—No lo sé —confesé roncamente—. No sé qué hacer. No creo que haya nada realizable, en realidad. Jorg es el gran triunfador. Ni siquiera me explico aún cómo he podido sobrevivir, sin ser afectado, sin estar poseído de ese espíritu maligno que invade a todos, sin formar parte de la orgía dantesca de esas calles…

—Allan, me… me gustaría ver qué sucede realmente —sus ojos verdes brillaron, excitados—. ¿Crees que podemos salir sin peligro?

—Yo, sí. Tú no debes hacerlo, bajo pretexto alguno, Monika. Si Jorg descubre tu presencia en Scholberg, terminará también contigo, pasarás a ser una más de esas pobres criaturas convertidas en abyectas servidoras de la depravación y las pasiones más bajas y perversas. Sin tú quererlo, serás un súcubo al servicio de Satán…

—No podemos permanecer siempre encerrados aquí, Allan —musitó ella, ahogadamente.

—Esta noche es lo que vamos a hacer ambos —sostuve con energía—. Tú y yo. No habrá experiencias peligrosas. Mañana, apenas amanezca, veremos si es posible hacer algo. Esas gentes no van a permanecer toda la noche danzando por ahí. Llegará un momento de agotamiento físico, siquiera sea por la constante

actividad de sus músculos.

—Además, el Mal sólo se hará presente en la oscuridad de la noche, ¿no es cierto? —preguntó ingenuamente Monika.

—No, no es cierto —rechacé con el ceño fruncido—. Muchos tópicos se han derrumbado hoy aquí, Monika. La cruz o el nombre de Dios no fulmina o aterra a Jürgen Jorg, como siervo del diablo. La iglesia les repele, pero no les destruye. La oscuridad les complace, pero también actúan a la luz del día. No, las leyendas y fábulas de la antigüedad, no se cumplen en absoluto. Son tan peligrosos y malignos de noche como de día…

—Pero *tiene* que haber un medio de combatirlos, de destruirles. ¿No se te ha ocurrido, Allan? ¿No has pensado nada? —Parecía realmente anhelante Monika al preguntármelo.

—No —sacudí despectivamente la cabeza, con gesto pesaroso—. No se me ocurre nada. Ni creo que lo haya. Ahora, descansa. Prepararemos, con unos bancos, un lugar donde reposar tranquilos. Y mañana, si es posible, saldremos. Si no, te buscaré alimentos para subsistir aquí, a la espera de que surja una oportunidad, por débil que sea, de evadirnos de este lugar.

—Creí que no querías escapar, Allan. Tuviste ocasión de hacerlo antes, ¿no?

—Era diferente —sonreí—. Ahora lo hago por ti, Monika.

—Eres maravilloso, Allan —se inclinó hacia mí, y me besó de nuevo, rodeándome con sus brazos—. Creo que es la primera vez que me enamoro tan ciegamente…

—Olvídalo ahora —la aparté con suave energía—. No debemos ceder a nada que signifique una tentación, Monika. A una chica como tú le sonará ridículo, pero si ahora no somos fuertes, cuando todos se entregan ahí fuera a la orgía desenfrenada de sus instintos, exacerbados por la inconsciencia y por la voluntad del maligno Jorg…, nunca quizá podamos ya serlo. Descansa, querida. Descansa…, y mañana todo será diferente.

—Está bien, Allan —sonrió, débil—. Como tú quieras…

Sí. Al otro día, todo fue diferente. Muy diferente, por desgracia.

Cuando desperté, estaba solo en el templo. Monika Werner había desobedecido mis órdenes. Había salido. Y, quizá, con ello, sólo logró su perdición definitiva.

Corrí desesperadamente a la puerta del templo, asomé al

exterior.

No la vi por parte alguna. Pero el aquelarre dantesco continuaba. Hombres, mujeres y niños, no eran sino espectros auténticos, macilentos, demacrados, ojerosos, con pupilas dilatadas, bailoteando en la nieve, ateridos de frío, amoratados sus labios…

Algo espantoso estaba sucediendo entonces, uniéndose al alucinante caos total.

¡Cadáveres a medio descomponer, cuerpos purulentos y hediondos, bailoteando entre la gente! ¡Esqueletos vivientes, cubiertos por jirones de carne podrida, grisácea, y por cabellos desmesuradamente crecidos, se movían en macabra danza por la calle principal!

—Los muertos… —se me erizaron los cabellos de la nuca otra vez—. ¡Los muertos han resucitado, al conjuro satánico! ¡Jorg cumplió su palabra! ¡Todos los muertos viven ahora, como siervos suyos…!

Me volví, alucinado, con un escalofrío terrible. De repente, había caído en la cuenta de algo.

Y allí, a mi espalda, estaba él.

Terriblemente deformado su rostro, desconocido su gesto…

El padre Geissen, convertido en un cadáver viviente. Sin cerebro ni voluntad. Un muerto llegado de más allá de este mundo, como un simple autómata, movido por una voluntad perversa y poderosa.

—Oh, no, eso no… —gemí, cuando el padre Geissen, lívido y ojeroso, se encaminó hacia mí, extendiendo sus mano con aire de sonámbulo.

No dudé en lo que hice. Corrí por un crucifijo de hierro. Lo tomé en mi mano. Corrí hacia el sacerdote, transformado tras su muerte. Era un simple cadáver, no un hombre. Le toqué con la cruz, en plena frente.

Esta vez, sí.

Hubo un alarido ronco, inhumano, escapando de su boca. En su frente se marcó, a fuego, la cruz de hierro forjado. Y el padre Geissen, con un repentino gesto suave y tranquilo, se desplomó, realmente muerto, en descanso eterno, para no despertar jamás a invocación alguna que no fuese la de Dios, el día del juicio.

Pero afuera todo seguía igual. Yo cerré la puerta de la iglesia.

Monika había desaparecido. La había perdido.

No volvía. Yo sabía que no iba a volver jamás.

EPÍLOGO

Sí.

Yo sé que nunca jamás va a volver ya. Monika… Ella. Ella también…

Dios mío, por eso me pregunto, angustiado: «¿Qué puedo hacer? ¿Cómo salvarla, cómo escapar a este horror, cómo ayudarla, siquiera a ella?».

Y no hay respuesta. No hay respuesta, mientras la noche del lunes, fría y hostil, ha caído ya sobre Scholberg.

Otra noche de aquelarre, de monstruosa orgía en las calles… Ya no queda nadie. Absolutamente nadie en el pueblo. Todos están poseídos del Mal. Todos bailan la misma danza, como los cautivos de la Muerte en *El Séptimo Sello*. La danza de los que ya no son humanos, de los que ya no sufren, ni sienten, ni aman.

Por eso decía al principio de esta alucinada divagación mía:

—No hay remedio… No hay remedio… Si la muerte lo resolviera todo…, desearía morir. ¡Morir, sí! Pero sé que la muerte no es el fin. No puede serlo. Y una segunda vida espantosa, la de los cadáveres que se alzan de sus tumbas para el aquelarre, como lo harían en la noche del Monte Pelado, al ritmo de la música dantesca de Mussorgsky, me esperaría allí, tras la oscuridad de la muerte…

¿Qué hacer, Dios mío? ¿Qué hacer? ¿Qué esperar…?

* * *

He vuelto del jardín, del huerto donde reposan las ruinas de la casa señorial del barón Jonathan von Jorg, con su inscripción.

Limpio mis manos de tierra, de piedrecillas, de nieve dura y seca.

Ya está todo hecho. Todo lo que podría hacerse. Me pregunto…

me pregunto si este holocausto bastará. O no significará nada…

El mensaje bailotea en mi mente febril, tal como reza en latín sobre la piedra maldita:

> … Y mis hijos, Jürgen y Ewa, los hijos del hombre que nació de las Tinieblas, harán mi obra.
>
> Y la harán bien.

Sacudí la cabeza. Me arrodillé ante el altar y ante la cruz. Oré en silencio. Un minuto, dos… El tiempo se agotaba. Las velas encendidas, también. Pronto llegaría la oscuridad.

Caminé hacia la puerta del templo. La abrí, resuelto. Otro minuto. Otro…

En alguna parte, el destino volaba, inflexible, hacia su final. El mío, el de otras cosas…

Retrocedí, sorprendido, al verla. Erguida ante mí. Ante la iglesia. Con una antorcha en la mano. Con Jürgen Jorg a su lado, alto y enlutado, pálido y señorial. Daria, allá lejos, formaba parte de la orgía. Peleaba con Penelope Lehman, que no quería ser rodeada por sus brazos.

—¡Tú! —susurré, pálido mi rostro sin duda—. ¿Has vuelto, Monika?

—Sí, Allan —sonrió ella, fría, distante—. He vuelto.

Miré a Jorg. Él sonreía también. Tan helado y hermético como ella.

—Monika, no debiste salir. Él…, él te ha hecho otra de sus posesas, ¿no es cierto? Otra muñeca de Satán… —musité tristemente.

—No, Allan. Yo no le he hecho nada a Monika —sonrió Jorg—. No podría hacerlo.

Les miré a ambos. Monika sonreía. Me tendió un brazo suave y lascivo.

—Ven —dijo, sosteniendo su antorcha humeante en la otra mano—. Te esperamos, Allan. Ya has dejado de ser diferente a todos. Te reclamo. Ven con nosotros. Es tu momento. Sólo así serás mío…

Suspiré profundamente. Me erguí:

—De modo que era eso. Monika… *Tú nunca fuiste Monika…* Ni

siquiera allí, en Suiza… Has sido siempre Ewa Jorg, discípula del Mal, como Jürgen, como Jonathan von Jorg en el pasado… Era eso, ¿verdad, Monika?

—Sí, era eso —sonrió—. Tú lo dijiste. Muchas cosas no son como la gente cree. Mientras nuestra fuerza se mantiene íntegra, podemos incluso pisar una iglesia sin ser fulminados. Por corto tiempo, claro está. O nuestro poder se desintegra… Por eso me ausenté anoche. Pero he vuelto. Ven, Allan…

—Era eso —musité—. Lo que me hacía diferente. Tú…, tú, una hija del Mal, te habías enamorado *de mí*.

—No creí que sacaras esas deducciones. Vamos ya. Es inútil luchar. No hay solución —replicó ella.

—Tal vez sí la haya —sonreí fríamente, con agresividad.

—No, no la hay. Ewa te prefiere tal como son los demás, puesto que en tu estado normal no aceptaste su amor —recitó Jürgen fríamente—. Tienes que venir. Ya nada te protege, Allan. En cuanto a nuestro poder…, hubiera bastado destruir esas ruinas, la piedra de la inscripción, hecha por Jonathan von Jorg bajo la influencia y designio del propio Satanás, para que nosotros mismos fuéramos destruidos, y con ello nuestro poder y nuestra obra. Demasiado tarde para hacer nada en ese sentido, ¿verdad, Fisher?

—No —negué lentamente—. No es demasiado tarde, Jorg.

Me miró. Me miró, y entendió. Una expresión de horror dilató sus pupilas. Por vez primera, el poderoso amo de las Tinieblas vaciló, se hizo débil, se convulsionó.

—¡Oh, no! —aulló—. ¡No! ¡No ha podido hacer eso!

Lo había hecho. Y él nada podía hacer ya, aunque intentó penetrar en el templo. Dentro, hubo una explosión formidable. Retemblaron los muros de la iglesia. Se estremeció el suelo, rebotó el eco en las montañas…

—Los explosivos… —sonreí—. Los utilizaba el padre Geissen para abrir caminos en la nieve, cuando las sendas se bloqueaban y tenía que ir a llevar consuelo a algún enfermo… Los utilicé en minar esa piedra… Mi instinto me dijo que era lo que debía hacer, Jorg… Ewa, Jürgen… ¿qué va a suceder ahora?

No necesité su respuesta.

Ellos ya no eran nada.

Sólo dos cuerpos grisáceos, momificados, de pelo polvoriento,

acaso con siglos sobre sus vidas. Dos cuerpos que se desmoronaban, agitados por el viento helado. Lo mismo que el de Daria, allá lejos, entre las gentes repentinamente quietas, paralizadas, rígidas…

Luego, todos comenzaron a despertar lentamente, mientras se apagaban los ecos de la explosión aniquiladora, purificadora.

Las gentes volvían a ser quienes eran. El horror sería cuando vieran su obra de dos días de dantesca posesión en las tinieblas…

* * *

Penelope ha prometido venir a Londres a visitarme.

Creo que quiere quedarse a trabajar en la ciudad del Támesis definitivamente. Penelope es una gran chica.

Ahora, libre de influjos satánicos, creo que incluso me ayudó a olvidar, los pocos días que permanecí en Scholberg, ayudando al alcalde Lehman a que su pueblo recuperase la normalidad.

Todos tenemos que olvidar. Necesitamos olvidar.

Quizá por eso, ni siquiera el mundo se ha enterado de lo que sucedió un domingo y un lunes en Scholberg…

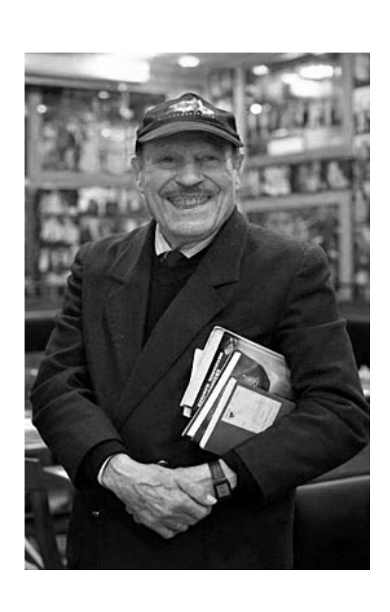
Yo, en Londres, ya casi ni lo recuerdo. Ni tampoco Penelope, que cumplió su promesa, y vino a verme a mi casa de Londres.

Ahora trabaja en la BBC, conmigo. Somos buenos amigos. Muy buenos amigos.

Sí. Penelope es una gran chica.

Y no hay miedo, cuando menos, de que resulte ser… una hija del diablo.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Por razones obvias, el autor rechaza utilizar aquí como escenario de su relato cualquier ciudad real de Liechtenstein, y crea la de Scholberg, que puede ser cualquiera de las auténticas del Principado, por razones que más tarde se comprenderán. <<

[2] En alemán: *¡Atención! ¡La cruz!* <<

[3] En alemán: *Gracias, gracias. No entiendo… no sé… Gracias*. < <

[4] En alemán: *De nada*. < <

[5] Alusión a dos de las obras que presentan el oscurantismo de los ambientes puritanos, con sus prejuicios, sus hipocresías… y sus *cazas de brujas*. <<

[6] La novela de Richard Matheson, *Soy leyenda*, llevada al cine. <<